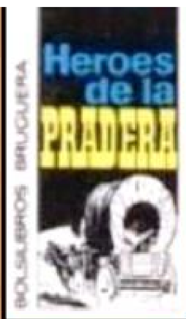
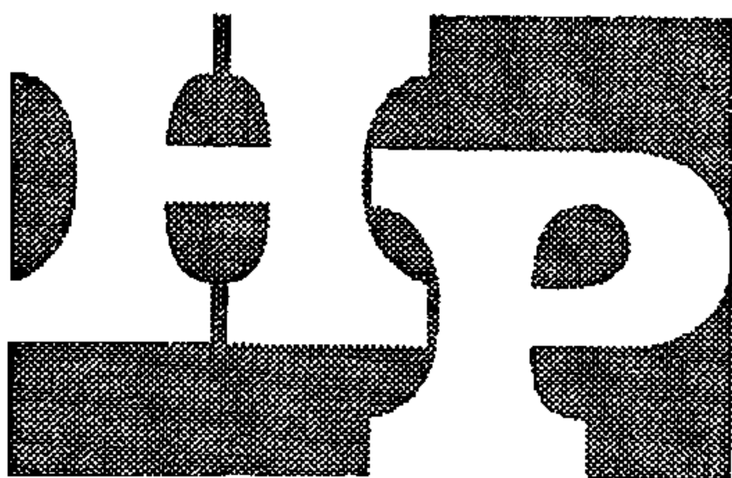


Keith Luger

LA HISTORIA DE JOE "WHISKY"





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

LA HISTORIA DE JOE “WHISKY”

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 358
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 36699-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: noviembre, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Quieres un *whisky*, Joe?

—Sí.

—Estupendo, quedas invitado.

—Gracias, Bill, eres un buen amigo.

Joe caminó hacia el mostrador del Saloon Delancy.

Bill Sunday era el capataz del rancho «La Espuela de Plata». Estaba con cuatro de sus *cowboys* porque era sábado y habían ido al *saloon* a beber y a divertirse con las *girls*.

Joe, alto, fuerte, con una barba de tres días, sonreía al llegar junto a Bill y los *cowboys*.

—Espera, Joe.

—¿Qué quieres, Bill?

—Yo te voy a invitar a un vaso de *whisky*. ¿No crees que tú debes hacer algo por mí?

—Oh, sí.

—¿Qué se te ocurre?

—Le daré una friega a tu caballo. ¿Te parece bien, Bill?

Sunday miró a sus *cowboys* mientras se masajeaba el mentón. Parecía pensar lo que iba a decir y mientras tanto sonreía. También los *cowboys* sonreían porque todo aquello les parecía el comienzo de una buena escena.

—Verás, Joe —dijo Bill—, mi caballo no necesita una friega. Tendrás que hacer otra cosa por mí a cambio de ese vaso de *whisky*.

Bill hizo chasquear los dedos y el mozo que atendía el mostrador, Ben Price, se acercó con la botella y un vaso.

Joe miró la botella en donde bailaba el *whisky*.

Ben Price inclinó la botella y llenó el vaso.

Joe se pasó la lengua por los labios resecos. Sus ojos no se

apartaban del vaso.

—¿Puedo beber, Bill?

—No, muchacho, todavía no.

—¿Qué quieres que haga por ti, Bill?

—Veo una mancha en mi bota derecha. Quítamela.

Los *cowboys* rieron.

Joe se había quedado serio. Por un momento pareció que iba a dar media vuelta para marcharse. Pero otra vez sus ojos observaron el vaso de *whisky*.

Ben Price, con la boca babeante, dijo:

—Eh, Joe, ¿es que vas a rechazar este vaso? Es *whisky* del mejor.

Joe miró la bota de Bill. Entonces se puso de rodillas ante él y con la manga derecha le limpió el barro.

Los *cowboys* se echaron a reír y también rió Bill.

Joe se levantó.

—Ya tienes la bota limpia, Bill.

—Puedes beber el vaso.

—Gracias, Bill.

Joe se acercó al mostrador y cogió el vaso. Su mano temblaba mucho y parte del *whisky* se derramó antes de que llegase a su boca.

Bebió aprisa, saboreando hasta la última gota.

—¿Está bueno, Joe? —preguntó Bill, con sorna.

—Sí, muy bueno.

—¿Quieres otro?

—Claro.

—Pero tendrás que hacer algo más.

—Le limpiaré las botas a tus *cowboys*.

Uno de los hombres al servicio de Sunday dijo:

—Eh, no es mala idea.

—No me gusta —dijo Bill—. ¿Para qué humillar a un hombre? ¿Verdad que es humillante para ti, Joe? No debes limpiar las botas de nadie y tampoco limpiarás las mías más.

—Te agradezco que digas eso, Bill.

—Llénale el vaso, Ben.

Joe vio la boca babeante de Price, que le escanció en el vaso hasta llenarlo.

Otra vez Joe sintió la garganta reseca. Alargó la mano para coger el vaso, pero Bill se lo impidió.

—Espera, Joe.

—Has dicho que no voy a limpiar más botas.

—Es cierto. Te ganarás ese vaso si vences en la pelea. Vas a luchar contra mis muchachos.

—¿Tus muchachos?

—Aquí les tienes a los cuatro.

—No puedo pelear contra cuatro.

—Entonces te conviene renunciar al vaso.

—Sí, me conviene…

—Ben, ponle otro vaso.

Price puso un vaso al lado del primero y lo llenó de *whisky*.

—Dos vasos de *whisky* por pelear contra mis muchachos, pero tienes que ganarles.

—No podré con ellos.

—Pero tú eres fuerte.

—Ya no lo soy.

—Hubo un tiempo en que ganabas todas las peleas, Joe. ¿Te acuerdas de aquella vez que me rompiste la boca porque traté de quitarte la *girl*?

—Siento que ocurriese aquello.

—¿Por qué lo vas a sentir, muchacho? Tenías toda la razón para quedarte con ella puesto que me ganaste.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo, Bill.

—Un año y medio.

—¿Sólo un año y medio, Bill? Yo creí que eso había ocurrido hace seis o siete años. Perdona por aquello.

Joe fue a dar media vuelta, pero Bill lo cogió del brazo.

—Espera, Joe. ¿Por qué tanta impaciencia? Ben, ponle otro vaso… Tres vasos, Joe. Tres vasos si ganas la pelea contra mis muchachos.

Joe se pasó otra vez la lengua por los labios. Miró los tres vasos de *whisky*.

—No, Bill, no podré.

—Ahora caigo. Ya sé por qué no quieres pelear. Son cuatro hombres y, si ganas, te deben corresponder cuatro vasos de *whisky*. Ben, agrega el vaso que falta para que Joe tenga el premio que merece por ganar a sus cuatro rivales.

Ben escanció el cuarto vaso.

Joe observó la hilera. Sus ojos saltaban de un vaso a otro. Su respiración se había hecho entrecortada.

—Bill, déjame beber sólo un vaso y me iré.

—No, muchacho. Beberás los cuatro vasos, pero antes tienes que ganar la pelea.

Joe miró a los cuatro *cowboys* que seguían sonriendo.

—Está bien, Bill.

—¿Quieres decir que vas a pelear?

—Sí, Bill, pelearé con ellos.

—Bravo, muchacho. Así se habla.

Joe se retiró del mostrador cerrando y abriendo los puños.

Los cuatro *cowboys* seguían riendo.

—Chicos —dijo Bill—, ya podéis empezar. Ahí tenéis a todo un campeón. El tipo que más peleas ganó en Jackson City.

Los cuatro *cowboys* se pusieron en marcha.

Joe lanzó sus puños, primero el derecho, luego el izquierdo. No falló ninguno.

Un *cowboy* salió despedido al ser alcanzado en la mandíbula y otro pegó un aullido porque sus narices estallaron en sangre.

—Eh, imbéciles —gritó Bill—, ¿es que os va a ganar?

Uno de los *cowboys* que quedaba en pie, alcanzó a Joe en el estómago.

Joe se dobló en dos y entonces el cuarto *cowboy* le alcanzó en el ojo.

Joe cayó en el suelo con la ceja partida. Se puso de rodillas sintiendo que la sangre caliente le resbalaba por la cara.

—Levántate, Joe —rió Bill—. Puedes ganar.

Joe miró a los cuatro hombres que ya estaban en línea para seguir la pelea.

Del pecho de Joe brotó un gruñido animal mientras se abalanzaba hacia los cuatro, pegando puñetazos a derecha e izquierda.

Ahora su ataque era ciego y sólo logró conectar un puño en la cara de uno de sus rivales.

Los otros tres le machacaron la cara, el pecho, el estómago, el hígado.

Joe se derrumbó.

Sus labios estaban cortados y echaban sangre.

—Joe —dijo Bill—, ¿te vas a dar por vencido?

Joe se levantó tambaleándose. Ya no tenía fuerzas ni para pegar a un niño.

Un *cowboy* le golpeó en la cara mandándolo a otro *cowboy* y éste lo reexpidió al tercero y éste al cuarto.

Joe fue de uno a otro, recibiendo golpes en todo el cuerpo.

Finalmente, soltó un gemido y cayó de bruces en el suelo.

Allí acabó la pelea.

—Campeón —dijo Bill—, ¿por qué no te levantas? Joe, mira lo que hay en el mostrador.

Joe alzó la cabeza y vio los cuatro vasos de *whisky*.

—Dame un trago, Bill —dijo con voz desfallecida.

—No te lo ganaste.

—Sólo quiero uno.

—Perdiste la pelea, Joe. Por tanto no tienes derecho a ningún vaso. Son mis muchachos los que vencieron. Ellos beberán el *whisky*. A beber, chicos.

Los cuatro *cowboys* que habían golpeado a Joe cogieron los vasos riendo. Luego bebieron.

Joe sentía la garganta reseca como el cuero requemado.

Bill se acercó a Joe. Le quedaban un par de dedos de *whisky* en el vaso. Joe creyó que iba a ser para él y levantó la mano.

—No, Joe. No es para ti. Es mi ración. Tú perdiste, Joe «*Whisky*».

—Joe «*Whisky*» —repitió uno de los *cowboys*—. Eso está bien. Nuestro amigo Joe cambió de nombre. Ya no es Joe Russell. Es Joe «*Whisky*».

—A tu salud, Joe «*Whisky*» —dijo Bill Sunday.

Joe se levantó y se marchó tambaleándose hacia la calle, apoyándose en las sillas. A sus espaldas seguía oyendo gritos y risas.

A partir de aquel día, Joe Russell fue conocido en Jackson City como Joe «*Whisky*».

CAPÍTULO II

Joe «*Whisky*» estaba durmiendo en un rincón del establo de Paul Adams.

De pronto unas manos le zarandearon y despertó.

A su lado vio al viejo Terry.

—Eh, Joe, tengo una sorpresa para ti.

—¿De qué se trata?

—Tengo una botella.

—¿De qué?

—¿De qué va a ser?

El viejo Terry mostró la mano que hasta entonces había tenido escondida a la espalda. Con ella sujetaba una botella.

—Y es un buen *whisky*.

El viejo Terry desenroscó el tapón.

—Yo ya me pegué un par de latigazos. Ahora te toca a ti.

Joe cogió la botella con avidez.

—Cuidado, Joe, que no se te caiga.

Joe empinó el frasco y bebió un largo trago.

Terry le quitó la botella.

—Eh, Joe, que no me vas a dejar a mí.

Joe chasqueó la lengua.

—Es un buen *whisky*.

—Ya te lo dije.

Se pusieron a cantar y de vez en cuando se pasaban la botella. El último trago fue para Joe, que arrojó el frasco vacío lejos de sí.

Los dos estaban casi ebrios.

—¿A dónde vamos ahora, Joe?

—Seguiremos la juerga por ahí.

Salieron del establo dando trompicones, sosteniéndose el uno al

otro.

Fueron hacia la calle principal.

Era media mañana.

De pronto, Joe tropezó con una mujer.

Ella cayó al suelo con muchos paquetes que se esparcieron.

—Perdone —dijo Joe.

Ella estaba indignada y, a pesar de eso, seguía siendo bonita.

Joe nunca la había visto antes. Era morena, de ojos negros, grandes, frente despejada, nariz recta y boca de labios muy rojos.

—La ayudaré —dijo Joe, pero al tratar de cogerla por un brazo, se venció y cayó encima de ella.

La joven echó la cabeza hacia atrás.

—¡Apesta!

—Bueno, yo me bañé hace algún tiempo.

—No me refería a eso, sino al *whisky*. Está ebrio y por eso tropezó conmigo.

—Disculpe otra vez. La levantaré.

—No puede ni levantarse usted solo.

—Claro que puedo. Míreme.

Joe se levantó pero se tambaleó un poco.

La joven, todavía más indignada, se puso en pie.

—¡Quítese de mi vista!

—En cuanto la ayude a recoger los paquetes.

Se agacharon al mismo tiempo y se golpearon la cabeza.

Ella dio un gritito y habría caído de no ser porque Joe la cogió por la cintura.

—Cuidado, no se caiga otra vez, señorita.

—¡Ha sido culpa suya, torpe!

—No tiene importancia. Sólo le saldrá un chichón. Apuesto a que estará graciosa.

—No sabe lo que dice. ¿Cómo voy a estar graciosa con la frente hinchada, precisamente hoy que se va a anunciar mi compromiso?

—Entiendo, da una fiesta.

—Dan una fiesta por mí. Pero ¿por qué hablo con usted?

—Oh, sí, perdone. Debo recoger los paquetes.

—¡No, no los recoja, por lo que más quiera o me causará otra catástrofe!

—Oh, no, señorita. Tendré cuidado. Además, mi amigo Terry me

ayudará. Eh, Terry, te presento a la señorita… Bueno, no sé cómo se llama.

Terry se llevó la mano al sombrero.

—Tanto gusto, señorita… Las amigas de Joe «*Whisky*» son amigas mías —hizo una reverencia con tan mala fortuna que tropezó con Joe, que se levantaba con los paquetes y éstos fueron a parar al barro de la calzada.

La joven gritó:

—¡Dios mío! Pero ¿qué es lo que han hecho ahora? ¡Son un par de… un par de borrachos!

Joe bajó de la acera, cogió uno de los paquetes y lo limpió con la mano.

—Éste está casi limpio. ¿Lo ve, señorita? No se ha manchado lo que tiene dentro. Anda, Terry, empieza a coger paquetes y a limpiarlos.

—Sí, Joe, la señorita «Limpieza» se lo llevará todo muy brillante. El aseo es lo importante en la vida.

Entre los dos limpiaron los paquetes que fueron entregando a la joven, la cual seguía llena de ira.

—¿Lo ve usted, señorita? —sonrió Joe amistosamente—. Todo se arregló.

—Sí, todo se arreglará si me aparto de ustedes y no los vuelvo a encontrar el resto de mi vida.

—No diga eso. La vida es muy larga.

—Me temo que la de ustedes va a ser muy corta.

—Terry, recuerda que nos tenemos que bañar.

—No lo decía por el baño, sino por el alcohol. Los dos están alcoholizados. ¿No les da vergüenza?

—¿Le preocupa mucho eso?

—Claro que no me preocupa. Por mí, pueden hacer ustedes lo que quieran.

La joven se marchó por la acera.

Ambos la siguieron con la mirada y entonces Terry dijo:

—Eh, Joe, ¿qué mosca le picó a la señorita «Limpieza»?

—No lo sé. Anda, vamos.

—Oh, sí, tenemos que seguir la juerga.

En eso se oyó una voz ronca.

—Esperad un momento, muchachos.

Era el *marshall* de Jackson City, Lou Murray, un hombre de grueso abdomen, cabeza con grandes entradas y nariz aguileña.

—¿Qué pasa, *marshall*? —preguntó Joe.

—Estáis borrachos, ¿eh?

—Pero no molestamos a nadie.

—¿Con qué dinero comprasteis el *whisky*?

—Eso no es asunto suyo, *marshall*.

—Claro que lo es.

—No hemos armado escándalo. Sólo tropezamos con una joven y la tratamos con mucha educación. ¿Verdad, Terry?

—Sí, eso es cierto. Con mucha educación.

—¿Tienes dinero, Joe?

—No.

—¿Y tú, Terry?

—Tampoco.

—Entonces, ¿quién os pagó el *whisky*?

Joe se quedó sin habla y miró a Terry, pero éste tampoco dijo nada.

—Os detengo a los dos —dijo el *marshall*.

—¿Por qué? —inquirió Joe.

—John Preston, el almacenista, oyó ruido en la parte de atrás. Al llegar vio a un hombre que salía por una ventana. El ladrón se llevó una botella de *whisky*. John no pudo verlo. Pero ahora os encuentro a los dos borrachos y sin dinero. ¿Lo quieres más claro, Joe?

Joe se apoyó en la pared, respiró profundamente y cerró los ojos.

—¿Cuál de vosotros fue? —Oyó que preguntaba el *marshall*, pero no abrió los ojos.

Terry tampoco respondió.

—Está bien —dijo el *marshall*—. Venid conmigo a la oficina. Os habéis ganado un descanso en la celda.

Joe abrió los párpados y movió la cabeza de arriba abajo.

—Cuando quiera, *marshall*, somos sus clientes.

Fueron a la oficina y el *marshall* cogió el llavero de la pared. Entonces Terry gritó:

—¡*Marshall*, voy a confesar!

—Cállate, Terry —dijo Joe.

—Tú no tienes la culpa, muchacho.

—He dicho que cierres la boca.

—Yo robé la botella, señor Murray.

—No le haga caso, *marshall*. Está borracho.

—¿Cómo estás tú, Joe?

—Bebí también, pero me encuentro perfectamente.

—Entonces, contéstame a una pregunta. ¿Quién fue Evelyn Steel?

El rostro de Joe se atirantó.

—Deje eso, *marshall*.

—Debes contestar para demostrarme que no estás borracho. ¿O es que se te olvidó? Contesta. ¿Quién era Evelyn Steel?

—¡Váyase al infierno!

Terry intervino.

—*Marshall*, ya he confesado. Yo robé la botella. Joe no lo sabía. Él estaba durmiendo en el establo de Paul Adams mientras yo me apoderaba de la botella.

—Ya hablé con Adams y me dijo que Joe estaba durmiendo en su establo.

—Entonces todo está claro.

Joe exclamó:

—Debe detenerme, *marshall*, yo bebí la mitad de la botella de *whisky*.

—Lárgate.

—¿Eh?

—¡Que te largues!

—¿No me va a encerrar con Terry?

—No.

—Tengo derecho a que me encierre. Soy su cómplice.

—Ahora te lo digo yo. ¡Vete al infierno, Joe «*Whisky*»! Murray cogió a Joe por el brazo y le soltó un empellón mandándolo hacia la puerta de la calle.

—Sin empujar, *marshall*.

—Fuera, Joe. Vete a mendigar un vaso de *whisky*… Vete a hacer tu número… Vete a que te humillen, Joe «*Whisky*».

—No tiene derecho a decirme eso. Soy un hombre.

—Tú no eres un hombre. Dejaste de serlo hace mucho tiempo. Sólo eres un despojo.

CAPÍTULO III

Joe «*Whisky*» entró otra vez en el establo de Paul Adams tras su discusión en la comisaría.

Fue al mismo sitio de antes que estaba cubierto de heno.

Esperaba pasar un buen rato con Terry contándose cosas pero ahora su amigo estaba en la cárcel.

Se echó a reír recordando lo que le había pasado en la calle con aquella joven.

Era bonita, muy bonita, y simpática a pesar de su furia.

Y se iba a casar con alguien de allí. ¿Quién sería? Bueno, eso no le importaba a él.

Empezó a adormilarse y canturreó por lo bajo la canción que empezaba: «Un día de éstos iré a cantar bajo tu ventana».

De pronto oyó un ruido. Cerró y abrió los ojos para fijar la mirada.

Vio a un negro delante de él, a unos cinco pasos.

Se restregó los ojos porque creía que soñaba. En Jackson City no había ningún negro. Debía ser cosa de su mente.

Pero tras restregarse los ojos, el negro continuaba allí.

Vestía harapos. Así podía llamarse a aquella chaqueta y a aquellos pantalones, deshilachados por las mangas y por los bordes, las hombreras reventadas…

El negro tenía algo en la mano.

Una gruesa estaca.

—Hola —le dijo Joe.

El negro no le contestó.

—¿Qué te pasa, muchacho? —le preguntó Joe.

El negro tenía la respiración agitada y sus ojos estaban asustados.

Echó a andar hacia Joe blandiendo la estaca.

—Eh, párate ahí. ¿Cómo te llamas?

El negro siguió avanzando hacia él y de pronto enarboló la estaca.

Joe rodó por el heno y la estaca golpeó en el sitio que una fracción de segundo antes ocupaba.

—¿Qué haces, animal?

El negro pegó un chillido y volvió a levantar la estaca.

Joe ya estaba en cuclillas y se arrojó de cabeza sobre su enemigo.

Logró pegarle un testarazo en el vientre y los dos cayeron al suelo.

El negro gimió mientras trataba de alcanzar a Joe con el palo.

Joe le pegó un puñetazo en la mandíbula.

Lo alejó de sí.

El negro terminó de dar vueltas y quedó de bruces.

Joe ya estaba de pie. Cogió la estaca que el negro había abandonado y la hizo oscilar en su mano.

—¿Por qué has tratado de romperme la cabeza?

El negro no le contestó. Tenía los ojos llenos de miedo.

—¡Has podido matarme!

El negro soltó un chillido animal. Se levantó para echar a correr, pero Joe dio un salto y cubrió el camino de la puerta.

—No des un paso más.

El negro retrocedió unos pasos. Miró a un lado y a otro buscando una salida.

—Sólo existe esta puerta, muchacho —dijo Joe.

—Déjeme.

—Vaya, tienes lengua.

—Déjeme, por lo que más quiera.

—¿Cuál es tu nombre?

—No le importa cómo me llamo. No le importa a nadie.

—A mí sí.

—Déjeme huir.

—¿Qué es lo que has hecho?

—No es asunto suyo.

—No quieres contestar a ninguna pregunta, ¿eh?

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Debo escapar de aquí… Por favor, déjeme salir.

Se oyeron pasos y dos hombres aparecieron en la puerta.

El negro los miró y otra vez sus ojos se llenaron de pánico.

Joe tampoco había visto nunca a aquellos hombres. Eran altos y llevaban la pistolera muy baja.

Uno de ellos de cabello rubio, ensortijado, manejaba un látigo.

Los dos, después de observar al negro detuvieron la mirada en Joe. El rubio preguntó:

—¿Quién es usted?

—Joe.

—¿Joe qué más?

—Me llaman Joe «*Whisky*».

—Ya nos imaginamos el porqué… Usted cazó al negro. Se ha ganado algo, amigo.

—¿Qué cosa?

—Un dólar.

El rubio sacó una moneda y la arrojó hacia Joe, el cual la atrapó al vuelo.

—Lárguese ahora.

Joe miró la moneda. Tenía para cuatro vasos de *whisky*. Al instante se sintió con ganas de correr al Saloon Delancy para beber los cuatro vasos, uno detrás de otro.

—¿Qué está esperando, Joe? —le dijo al rubio.

—Sí, ya me voy.

Joe dejó caer la estaca y se fue hacia la puerta. Se detuvo un momento para observar la cara del rubio y vio en ella reflejado el sadismo. Sus ojos brillaban y tenía los labios entreabiertos mostrando unos dientes cortantes como los de un perro carnicero.

Miró al otro hombre que exhibía una cicatriz sobre la ceja izquierda y también lo vio sonreír de aquel modo.

El negro había retrocedido hasta golpear su espalda contra una de las vallas tras la que se encontraban los animales.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Joe.

—¿Eh? —dijo el rubio.

—Pregunto qué ha hecho el negro.

—No es asunto suyo. Ande, márchese.

—¿Qué le van a hacer?

—Nada. No le vamos a hacer nada.
—¿Por qué trae ese látigo?
—Oiga, está haciendo preguntas tontas.
—No me gustaría que le hiciesen daño.
—Nadie le va a hacer daño. Puede irse tranquilo.
El negro gritó:
—¡Me van a matar, Joe «*Whisky*»!
—Cállate, Tommy —ordenó el rubio.
—¡Me van a matar, Joe «*Whisky*»! —repitió el negro.
—¡Dije que cerrases el pico! —gritó el rubio.
—Primero me darán tormento. No me matarán de una sola vez, señor «*Whisky*», ¿me oye? Y usted es el culpable… Porque usted no me dejó marchar… ¿Lo entiende? Le pedí por favor que me dejase huir.
El rubio soltó una maldición y descargó el látigo.
La larga cola de cuero restalló sobre el cuerpo del negro. Arrancó un trozo de la chaqueta de Tommy, quien cayó de rodillas soltando un aullido de dolor.
—Yo voy a hacer que te calles —el rubio echó el látigo hacia atrás.
Joe le pegó con el puño en la cara.
El rubio se derrumbó.
El hombre de la cicatriz sacó el revólver.
—¿Qué has hecho, bastardo?
Joe vio el «Colt» que le apuntaba.
—Su amigo no debió pegar al negro con el látigo.
—Pero lo hizo porque tenía derecho.
—Nadie tiene derecho a castigar con un látigo a un ser humano.
—El negro no es un ser humano.
—¿Y qué es? ¿Un animal?
—Un asesino.
El negro gritó:
—¡No maté a nadie! ¡No maté a nadie!
—Cierra el pico o te meto una bala en la rótula.
Joe sacudió la mano.
—Calla, Tommy.
El rubio estaba semiinconsciente.
El de la cicatriz miró a su compañero y luego otra vez a Joe.

—Te dimos un premio por haber cazado al negro.

Joe miró la moneda y la arrojó a los pies del individuo.

—¿Qué haces, «*Whisky*»?

—Ahí tiene su dólar.

—Te lo ganaste por haber capturado a Tommy. Y ahora te ganaste otra cosa por haber golpeado a Sam. Sí, muchacho, te ganaste una bala.

—Cuidado, no puede matarme.

—¿Quién dice que no?

—Esto no es Luisiana. Es Texas.

—¿Y qué?

—Aquí no hay esclavos negros. Si Tommy se les escapó, ganó su libertad.

—Sabes mucho de eso, ¿eh?

—Sí.

—¿Y por qué sabe un borracho tanto?

—Porque fui ayudante de *marshall* y tuve que aprender unas cuantas leyes. Si Tommy cruzó la frontera, ustedes no debieron seguirle.

—¿Y qué es lo que debimos hacer?

—Darlo por perdido.

—Eres un muchacho que sabe mucho, pero te vas a ir a la fosa con toda tu sabiduría. Te lo dice Harry Burke.

El de la cicatriz arqueó el dedo en el gatillo para hacer fuego.

Capítulo IV

Tommy, el negro, dio un salto.

Harry desvió el «Colt» en el último momento para disparar sobre Tommy. Joe le pegó un patadón en la mano.

Sonó un estampido, pero gracias a Joe la bala no alcanzó a Tommy. Luego el negro cayó sobre Harry y le descargó un puñetazo en las narices.

Harry se derrumbó soltando un aullido.

El rubio ya se había restablecido y movió la mano para sacar el «Colt», pero Joe le pisó la muñeca contra el suelo.

—Quieto.

Los ojos del rubio miraron con odio a Joe.

—Por última vez, no se meta en esto, Joe «*Whisky*».

—Ya me metí.

—¿Por qué?

—Ustedes lo quisieron.

—Todavía está a tiempo de salirse.

Su compañero gritaba desde el suelo.

—Me ha roto las narices, Robert…

—No fue culpa de Tommy, Harry, sino de Joe «*Whisky*».

—¡Maldito seas, Joe «*Whisky*»!

Tommy miraba la puerta libre.

—¡Debo escapar, señor «*Whisky*»! —dijo.

El rubio Robert habló, todavía con la muñeca pisada por Joe.

—Anda, Tommy, escapa. Es tu oportunidad.

—No huyas, Tommy —dijo Joe.

—Debo marcharme.

—Es lo que ellos quisieran, Tommy… No puedo detenerles mucho tiempo. Irán otra vez detrás de ti y terminarán por cazarte.

—¿Y qué quiere que haga, señor «*Whisky*»?

Se oyó la voz ronca del *marshall.*

—¿Qué pasa aquí?

Apareció en el hueco con un rifle en la mano. Observó la escena con el ceño fruncido.

—¡Joe, deja de pisar la mano de ese hombre!

—Trató de disparar contra mí y contra Tommy. Y lo mismo hizo el otro, *marshall.*

—Ya nadie va a disparar. Aléjate, Joe.

Joe obedeció de mala gana y se fue a colocar junto a Tommy, que volvía a mirar con ojos asustados, ahora al *marshall.*

Harry se apartó las manos de la cara mostrando su nariz por la que echaba sangre.

—Mire lo que me han hecho, *marshall.*

—¿Quién fue?

—El negro.

—Empecemos por el principio. ¿Quiénes son ustedes?

El rubio se levantó, pero dejó el látigo en tierra junto a sus pies.

—Mi nombre es Robert Hilman y el hombre que me acompaña se llama Harry Burke. Trabajamos para Kid Brenson.

—¿Quién es Kid Brenson?

—Tiene una plantación de algodón.

—¿Dónde?

—¿Qué importa dónde?

Joe intervino.

—Jefe, no se lo dice porque está en Luisiana.

—¿Es en Luisiana, señor Hilman?

—Sí.

—¿Qué lugar concreto?

—Eunice.

—Señor Hilman, ustedes están muy lejos de Eunice. Esto es Jackson City, Texas.

—Ya nos lo dijo ese borracho. Si no hubiese intervenido él, nos habríamos llevado al negro.

—Entonces entérese de que no les voy a dar un esclavo fugitivo. Se marcharán sin él.

—Tendrá que dárnoslo, *marshall.* No es un esclavo fugitivo. Es un asesino.

Joe habló antes de que lo hiciese Tommy.

—Miente. Tommy no mató a nadie.

El *marshall* enarcó las cejas.

—¿Cómo lo sabes, Joe?

El rubio rió.

—Buena pregunta, *marshall.*

—Lo dijo Tommy —contestó Joe.

El rubio apuntó al fugitivo.

—Mató al capataz de la plantación, a Jess Mallon. Acabó con él de la forma más canallesca, a golpes de hacha. Tenía que haber visto al señor Mallon como nosotros lo vimos. Su cabeza estaba partida como un melón, con los sesos desparramados. ¡Y fue Tommy quien lo hizo!

—¡No! —gritó el negro.

—*Marshall* —dijo el rubio Robert Hilman—, no queremos buscarle complicaciones. Harry y yo nos marcharemos ahora mismo del pueblo si nos da al asesino.

Joe saltó:

—No lo puede consentir, jefe. Matarán a Tommy. Lo harán pedazos. Sólo hay una solución: que usted proteja su vida. Enciérrelo en la cárcel.

Hilman rió.

—¿Y por qué va a detenerlo? Tommy no hizo nada aquí.

—*Marshall*, deténgalo por vagabundaje.

Hilman chilló.

—¡No lo haga, *marshall*! Tenemos derecho a llevarnos al negro. Le daré un consejo, *marshall*. Márchese. Usted nunca estuvo en el establo. Le juro que nunca lo vimos, ¿verdad, Harry?

Harry se había levantado y trataba de cortar la sangre que salía de sus narices. Movió la cabeza de arriba abajo y su voz sonó hueca.

—Sí, *marshall*, nunca lo hemos visto.

Murray miró al negro y luego al rostro de Hilman.

—No se lo llevarán.

—¿Qué?

—Detengo a Tommy por vagabundo.

—¡*Marshall*, no puede hacerlo!

—Estoy aplicando nuestras leyes.

—¿Cuál de ellas?

—Ya lo ha oído, Tommy es un vagabundo.

—No lo es. Trabaja para el señor Brenson.

—En Eunice, pero ahora está en Jackson, señor Hilman. Y como Tommy no tiene ocupación concreta, me basta para detenerle por vagabundaje. Vamos, Tommy.

El negro no se movió.

Joe fue a su lado y le palmeó la espalda.

—Ve con el *marshall*, muchacho.

—No servirá de nada.

—Tú obedece. Ve con el *marshall*.

—Sí, señor «*Whisky*»… Ah, gracias por todo lo que hizo por mí.

—No hay de qué, muchacho, no hay de qué.

El *marshall* cogió a Tommy por el brazo y fue a salir con él.

Hilman se puso delante, interceptándoles el paso.

—*Marshall*, piénselo mejor.

—Ya está pensado.

—Como quiera… Pero se está complicando la vida inútilmente.

—No me amenace, Hilman.

El rubio se apartó. Entonces el *marshall* dijo:

—No quiero más jaleos, Hilman. ¿Lo oye bien? Y tú, Joe. Se acabó la pelea.

—Sí, jefe.

Hilman clavó los ojos en el rostro de Joe.

—¿Estás satisfecho, borracho?

—No del todo.

—¿Qué te falta para estarlo?

—Que ustedes se hagan humo.

—No, muchacho. No nos vamos a hacer humo. Al menos, hasta que hayamos ajustado cuentas.

—Será mejor que lo olviden.

—No, Joe, esto no lo podemos olvidar. Y Harry y yo nos vamos a encargar de que tú tampoco lo olvides. Andando, Harry.

Los dos hombres salieron del establo pero Hilman, antes de hacerlo, recogió su látigo.

El *marshall* soltó un gruñido:

—Esto no me gusta nada, Joe.

—A mí tampoco.

—Vamos a la comisaría.

Fueron a la oficina y el *marshall* metió a Tommy en la celda.

Joe arrugó el ceño porque no vio a su amigo Terry.

—Eh, *marshall*, ¿dónde está Terry?

—Lo dejé marchar cuando se le fue la borrachera.

—Tiene muy buen corazón.

—Así soy de tonto. Pagué la botella de mi bolsillo, pero ya le advertí que la próxima vez no tendrá escapatoria. También le hice prometer que trabajaría.

Joe sonrió acercándose a la reja, tras la que se encontraba el negro.

—¿Tienes hambre, Tommy? —le preguntó Joe.

—Sí.

Joe saltó.

—El *marshall* te servirá en seguida la comida.

—No soy cocinero, Joe. Tendrá que esperar a que llegue Drake.

Edmund Drake era el ayudante del *marshall*.

Murray estaba al lado de la ventana, mirando hacia la calle.

Oyó un ruido y se volvió rápidamente.

Joe estaba sacando una botella de *whisky* de un cajón de la mesa.

—Quieto, Joe.

—Sólo un trago, jefe.

—¿Es que quieres beber también mi *whisky*?

—Sólo quiero remojarme la garganta.

Joe empinó la botella, pero el *marshall* fue hacia él y le pegó un manotazo.

La botella fue por el aire y se estrelló contra el suelo rompiéndose en pedazos.

El *whisky* corrió por entre las ranuras de las baldosas.

—¿Qué ha hecho, *marshall*?

—Ya lo has visto. Romper la botella para que no bebas.

—Era un buen *whisky*, *marshall*.

—No quiero que bebas en los próximos días, hasta que se solucione este asunto de Tommy.

—Ya lo solucionó.

—Tú sabes que no, Joe. Las dificultades sólo han hecho que empezar. ¿No oíste a esos tipos? No se van a conformar. Quiero que vuelvas a aceptar la estrella.

—¿Qué?
—Te lo volveré a repetir. Quiero que vuelvas a ser mi ayudante.

CAPÍTULO V

Joe se echó a reír tras oír las últimas palabras del *marshall.*

—¿Te pareció un chiste, Joe?

—Sí, el mejor de todos.

—¿Por qué?

—No sirvo, *marshall*. Ya sabe que no tengo revólver.

—Sí, lo cambiaste hace muchos meses por unas cuantas botellas.

—No me servía para nada. Mi mano temblaba demasiado y todavía continúa temblando. Mírela, *marshall.*

Levantó su mano derecha. Efectivamente, le temblaba.

—Eso se puede arreglar, Joe.

—No bebiendo, ¿eh?

—Sí, no bebiendo.

—No sabe lo que dice, *marshall*. Estoy convertido en un pedazo de basura.

—Sé lo que dicen de ti.

—Y es la verdad.

—Joe, ¿por qué quieres destruirte? Lo de Evelyn ocurrió hace mucho tiempo.

—¡No nombre a esa mujer, maldita sea!

Joe caminó hacia la puerta con paso decidido.

—¿Adónde vas? —rezongó Murray.

—Me largo.

—Te he hecho una oferta.

—No puedo aceptarla.

—Muy bien. Vete —el *marshall* cogió el llavero de la pared—. Abriré la celda a Tommy.

—¿Para qué?

—Para soltarlo.

—¡Usted no puede hacer eso!
—¿Quién te ha dicho que no?
—Lo detuvo por vagabundo.
—No está probado que sea un vagabundo. Estaba de paso por Jackson City. Lo llevaré fuera de la ciudad y lo soltaré.
—Lo cazarán.
—Ése no es un problema mío.
Murray metió la llave en la cerradura de la celda.
—Espere, *marshall.*
Murray miró a Joe, quien se masajeaba la crecida barba que poblaba su cara.
—¿Qué pasa si acepto llevar la estrella?
—Tommy se quedará unos días, hasta que el juez Sanders falle su caso.
—Va a hacer un mal negocio conmigo. No sirvo como ayudante.
—Tendrás que obedecerme.
—¿Qué me va a ordenar?
—Primero que te bañes y te afeites.
—¿Y luego?
—Que no bebas.
—No hay trato.
Murray dio vuelta a la llave de la cerradura.
—¡Tommy, fuera!
Tommy estaba tendido en el camastro y empezó a incorporarse.
—¿Me va a soltar, *marshall*?
—Sí.
—¡No lo haga! —gimió el negro.
—He dicho que a la calle.
—Estoy cansado y hambriento. He corrido mucho durante los últimos días, como una fiera perseguida. He tenido que comer de lo que encontraba en el camino… No puedo seguir así. Me darán alcance en seguida.
—Vete, Tommy.
El negro bajó del camastro.
—Sí, señor. Me iré.
Joe gritó:
—¡Acuéstate otra vez, Tommy!
Murray rugió.

—¿Quién da las órdenes aquí, Joe?

—Usted.

—Eso creía.

—Se saldrá con la suya. Seré su ayudante. Pero escúcheme, *marshall*. No puedo hacer mucho por usted… No puedo ser un buen ayudante.

—Harás un esfuerzo para serlo. Vete al patio a darte un baño y a afeitarte. Y no te vuelvas a poner esa miseria de ropa. Te compraré unos pantalones y una camisa… ¿Qué estás esperando, Joe? ¡Al agua!

* * *

Joe se bañaba en el patio, metido en una gran cuba. Drake, el otro ayudante de Murray, le echaba cubos de agua por la cabeza.

—Maldito seas, Drake, ¿es que me quieres ahogar?

—Es que estás muy sucio, Joe.

Drake era un tipo larguirucho, con cara de despistado.

Le alargó un estropajo a Joe.

—¿Para qué es esto?

—Para que te frotes.

—Prefiero que lo hagas tú.

—Muy bien. Como tú quieras.

Drake se puso a frotar a Joe.

—¿Es que me quieres despellejar?

—Espera, te pondré jabón.

Drake utilizó el jabón y el estropajo. Luego le llegó el turno a la cabeza. Enjabonó bien el cabello de Joe.

—Que no veo.

—Espera un poco.

—¡Me escuecen los ojos!

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Ya acabé.

Drake le volcó por la cabeza un balde de agua y Joe soltó un bufido.

—Drake, en cuanto salga de aquí me las vas a pagar. Se quedó con la boca abierta y Edmund le arrojó otro cubo de agua.

Joe se quedó sin respiración y tragó agua.

—¡Qué asco!

—Preferirías que fuese *whisky*, ¿eh Joe?

—A propósito, Edmund, ¿dónde tienes la botella?
—No hay botella. Orden del jefe.
—¡Te voy a arrancar las orejas, Edmund! Después de este baño, necesito un trago.
—No hay trago.
—Te juro que me las pagarás, Edmund. Dame esa toalla.
Edmund se la dio y Joe salió de la cuba envuelto en ella. Se frotó vigorosamente y al volverse vio que Edmund tenía una navaja barbera en la mano.
—¿A quién vas a degollar, Edmund?
—Tengo que afeitarte. Orden del jefe.
—Y un cuerno. Vas a afeitar a tu tía.
—Mi tía no tiene bigote.
—Está bien, muchacho. Me afeitarás, pero como me hagas el menor corte, te desangro también.
Joe se sentó en una silla apoyada en la pared y Edmund le enjabonó la barba.
—Edmund.
—¿Qué pasa?
—¿Soy tu amigo o no soy tu amigo?
—Eres mi amigo.
—Dame un trago.
—No soy tu amigo.
—¡Maldita sea! ¡Un trago de *whisky* no puede hacer daño a un hombre!
—A cierta clase de hombres, sí, y tú formas parte de ella.
—Pero ¿quién te has creído que eres, desgraciado? ¿Cómo te atreves a insolentarte conmigo? ¿No sabes quién soy?
—Joe «*Whisky*».
—Sí, tienes razón. Soy Joe «*Whisky*». ¡Aféitame de una vez! Me merezco este tormento por haber aceptado la placa de ayudante.
Edmund se puso a afeitarlo.
—¡Cuidado con esa navaja, Edmund! ¿Es que me quieres dejar chato? Trae esa navaja.
—Muy bien. Ahí la tienes.
Joe cogió la navaja y levantó la mano, pero se detuvo al ver que le temblaba mucho.
—Edmund, creo que será mejor que continúes tú o me quedo sin

cara.

Edmund continuó afeitándolo.

Ya había terminado cuando entró Murray con un paquete.

—Aquí tienes tu ropa, Joe.

—Llevaré la que me he quitado.

—Ni hablar de eso. Pégale fuego, Edmund. No quiero miseria en mi comisaría.

—Sí, señor.

Joe deslió el paquete mientras rezongaba por lo bajo. Sacó unos calzoncillos largos, a rayas.

—¿Qué es esto, señor Murray?

—Unos calzoncillos.

—Se equivocó, jefe. Le dieron ropa interior de mujer. Éstos no son calzoncillos. Tienen rayas.

—Es lo que se lleva ahora. Pruébatelos. Quedarás favorecido.

—¿Usted cree?

—Desde luego.

—No estoy muy seguro.

Se fue detrás de una sábana que se secaba en una cuerda y al rato salió de allí con los calzoncillos puestos. A Drake le dio un ataque de risa.

—¿De qué te ríes, hijo de una mula? —le gritó Joe.

—De ti. Estás monísimo.

—Te voy a romper la boca —repuso Joe, e hizo ademán de ir hacia Drake.

Murray se interpuso.

—Basta, Joe. Ponte lo demás. Tienes que hacer algo por mí.

—Sí, ya lo sé. Me daré una vuelta por los *saloons.*

—No, eso quedará a cargo de Edmund.

—¿Qué quiere entonces?

—Que vayas por mí a una fiesta.

—¿Una fiesta?

—La de Elmer Sutton.

—Ya sabe que no simpatizo con el director del banco.

—No me importa que simpatices o no con él. Te llegas allí para hacerte visible, le presentas mis disculpas y te vienes.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Sí, algo más. ¡Que no bebas!

—Una pregunta, jefe.
—Hazla.
—¿Puedo beber agua?
—¡Vete al infierno!

CAPÍTULO VI

Joe llamó en casa de Elmer Sutton.

Le abrió un criado.

—Vengo en nombre del *marshall*.

El criado le vio la estrella.

—Sí, señor. Puede pasar.

Joe iba a pasar de largo frente a un espejo del vestíbulo. Dio un respingo y se volvió rápidamente. Se quedó mirando su propia imagen.

—Canastos —dijo—, pareces otro.

Tenía el sombrero en la mano y se pasó una mano por el cabello y por la barba recién afeitada.

Sonrió al espejo y entró en el salón.

Allí había mucha gente, todos bien vestidos. Las señoras llevaban trajes con mucho escote, lucían joyas y olían a perfume.

Joe descubrió a la joven con la que había tropezado en la acera de tablones. Le pareció más hermosa que nunca.

Ella estaba hablando con una señora, pero lo vio a él también y frunció el ceño. La joven se disculpó con la señora y fue al encuentro de Joe.

—Veo que es usted una autoridad.

—Sí, señorita. El ayudante del *marshall*, Rusell.

—Pues tengo que quejarme a usted.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es el motivo de la queja?

—Su hermano.

—No me diga.

—Sí, me encontré con su hermano esta mañana.

—¡Qué casualidad!

—¿Cómo es posible que él haya llegado a eso, señor Rusell?

—¿A qué?

—Señor Rusell, su hermano estaba completamente ebrio.

—Discúlpelo.

—¿Que lo disculpe? ¿Pero no hace usted nada por él? Tenía que haberlo visto como lo vi yo con mis propios ojos.

—Lo he visto unas cuantas veces.

—Pero no lo ha visto como lo vi yo. Barbudo, sucio, apestando a *whisky*, con la voz estropajosa… Señor Rusell, ¿acaso usted y su hermano no se hablan?

—Acertó, señorita. Él y yo no nos hablamos.

—Permítame que le diga que la conducta de usted me gusta tan poco como la de su hermano.

—¿Por qué?

—Porque su deber es ayudarle.

—Es que eso es un poco difícil.

—¿Difícil? ¿Qué clase de hermano es usted? ¿No llevan la misma sangre?

—Sí, eso es cierto.

—Y han tenido el mismo padre y la misma madre.

—También.

—Entonces los problemas de su hermano debían ser sus problemas, señor Rusell. Dígame, ¿por qué está así su hermano?

—No sé.

—¿Me va a decir que no lo sabe?

—Bueno, lo sé. Se trata de una historia un poco larga. Además, no vale la pena contarla.

—Pues yo quiero saberla.

—Disculpe, señorita. Pero no me gusta hablar de eso.

—Claro, le da vergüenza.

—Pues sí.

—¿Se avergüenza de su hermano? ¡Eso es terrible para él!

—Y para mí.

—No mienta, señor Rusell. No hace falta que lo haga. Usted es un representante de la ley, alguien que goza de respeto en la comunidad. Debe ser muy molesto tener un hermano como el que tiene… Perdone, pero debo atender a otras personas.

—Un momento, señorita.

—Diga.

—¿Por qué le interesa mi… mi hermano?

—Es la mar de sencillo, señor Rusell. Opino que todo hombre debe tener una oportunidad para redimirse, y su hermano no me pareció un mal chico en el fondo.

—Es usted muy observadora.

—Sí, señor Rusell, pretendo serlo.

—¿Y qué más opina de él?

—Que con un adecuado tratamiento, su hermano podría encontrarse de nuevo a sí mismo.

—¿Qué tratamiento?

—No sé. No soy doctora. Pero lo primero que tendría que hacer es dejar la bebida.

—Eso es lo difícil.

—Continuaremos hablando en otro momento, señor Rusell.

—Cuando usted quiera.

—Hasta luego.

La joven se alejó de Joe dejando a éste perplejo.

Elmer Sutton se dirigió hacia él. Estaba muy serio.

—Si no lo viese, no lo creería —dijo.

Era un joven de veintiocho años, alto, rubio, de ojos azules. Vestía con elegancia.

—Sí, soy yo, Elmer.

—Joe «*Whisky*».

—Joe Rusell, si no te importa.

—Mírate la mano y verás que sigues siendo Joe «*Whisky*».

—Mira tú la estrella.

—Sí, ya veo que reluce mucho. Pero no te veo revólver.

—No me gustaba ninguno de los que tenía el *marshall*.

—A propósito del *marshall*. ¿Por qué te nombró su ayudante, Joe?

—Murray puede nombrar a quien quiera.

—Sólo puede nombrar a dos ayudantes, según lo votó el Municipio.

—Entonces está dentro de las normas. Murray sólo tenía un ayudante. Ahora tiene el cupo completo.

—¿Y por qué viniste a mi fiesta?

—El *marshall* me ordenó que viniese en su nombre.

—Espero que no armes escándalo.

Joe cerró los puños. Sintió deseos de disparar el derecho contra el rostro de Elmer, pero se contuvo.

Elmer le dirigió una sonrisa y se marchó de su lado.

John Preston, el almacenista, se aproximó a Joe.

—¿Eres tú?

—Sí, soy yo, y ya me están cansando todos con su insistencia.

—Caramba, estás muy cambiado.

—De acuerdo, estoy cambiado. ¿Tiene algo que oponer?

—Nada, muchacho. No te molestes.

En aquel momento Elmer Sutton rogó silencio.

—Damas y caballeros, tengo el gusto de anunciarles mi compromiso matrimonial con la señorita Stella Benson.

Stella Benson era la joven que Joe «*Whisky*» había conocido por la mañana.

Joe se sintió a disgusto, pero eso tenía fácil arreglo. Se largaría de allí inmediatamente.

—¿Un traguito, Joe? —sugirió John Preston.

—No.

—¿Ya no bebes?

—No, ya no bebo.

—Demonios, pues has cambiado mucho.

—¿Otra vez, señor Preston?

—Perdona, Joe, pero estás muy excitado.

—Con permiso —dijo Joe, y se marchó hacia donde estaba el viejo Norman Simmons, que se había dedicado toda su vida a cazar caballos salvajes.

—Joe, ¿tú aquí?

—Por favor, no te asombres.

—Enhorabuena, muchacho. Volviste por el buen camino.

—¿Me va a poner una medalla?

—No, pero me alegra verte aseado. Es la primera vez que ocurre en más de un año. Y no te preocupes, no te preguntaré a qué se debe. Es cosa tuya.

—Gracias, señor Simmons. ¿Cómo van esos caballos?

—Me voy a retirar del negocio. Soy demasiado viejo para ir por esas tierras en busca de caballos salvajes. ¿Sabes lo que te digo, Joe? Que no me habría retirado si me hubiese casado. Habría tenido hijos y ellos ahora se ocuparían del negocio. Cásate, muchacho,

cásate.

—Yo no cazo caballos salvajes. De modo que su consejo no sirve.

—Uno se debe casar aunque no cace caballos salvajes. Los hijos son importantes. Te lo digo yo, Joe. Qué lástima que se dé cuenta uno demasiado tarde. Y te aseguro que me he encontrado con muy buenas yeguas, pero las dejé pasar. No hagas tú lo mismo. Cuando una yegua, quiero decir una mujer, se te ponga a tiro, duro con ella.

Joe estaba mirando en aquel momento a Stella, que bailaba con Elmer.

—Una bonita yegua —murmuró.

—¿Qué dices, Joe?

—Oh, nada. Hablaba conmigo mismo.

—¿Un trago, Joe?

—No, Norman. ¿Por qué todo el mundo quiere que beba un trago?

—Hombre, te lo decía porque estamos en una fiesta y aquí hay bebida.

—Y comida. Así que tomaré un bocadillo.

—Te acompaño.

Fueron a una gran mesa donde había fuentes con bocadillos.

Joe había despachado dos cuando oyó una voz a su espalda.

—¿Baila usted, señor Russell?

Se volvió comiendo, pero detuvo el movimiento de sus mandíbulas cuando vio delante de él a Stella Benson.

—Soy un poco torpe, señorita Benson.

—Lo tendré en cuenta.

Ella levantó los brazos ofreciéndole su cintura para que la cogiese.

Joe entregó su bocadillo a Norman, se chupó dos dedos y luego cogió a Stella por el talle y se fue con ella por el salón tratando de seguir el ritmo de un vals.

—Lo hace usted muy bien, señor Russell.

—No es mi fuerte el baile, señorita Benson.

—¿Y qué es su fuerte?

—Las yeguas.

—¿Cómo?

—Quiero decir que me gustan mucho los animales. Ese amigo con el que me ha visto era Norman Simmons, un cazador de

caballos salvajes. Me estaba recomendando que me casase…

—Es justo lo que voy a hacer yo.

—Sí, ya lo oí.

—¿No me felicita?

—Pues no.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta su novio para usted.

Stella interrumpió el baile y se detuvo.

—Señor Russell, ¿cómo se atreve a decirme eso?

—Imaginé que querría una respuesta sincera.

—¿Por qué no le gusta Elmer Sutton para que sea mi esposo?

—Dejemos eso.

—No, ya empezó a hablar de ello y debe terminar.

—Señorita Benson, se supone que usted está enamorada de Elmer Sutton y él de usted. Se casarán, serán felices y tendrán hijos. ¿Necesita mi bendición? Muy bien, ya la tiene.

—Señor Russell, ahora me recuerda usted a su hermano.

—¿Sí?

—Es tan desagradable como él.

En ese momento llegó Elmer.

—Ya veo que conoces a Joe «*Whisky*», Stella.

La joven empezó a parpadear.

—¿Qué nombre has dicho, Elmer?

—Joe «*Whisky*», aunque también se llama Joe Russell. La joven inspiró profundamente.

—Perdona, Elmer, pero estaba bailando con el señor Russell, ¿te importa?

—Oh, no, de ninguna manera.

—¿Continuamos, señor Russell?

Joe enlazó a la joven por la cintura y siguieron bailando el vals.

—Debe estar muy satisfecho —dijo ella mirándolo a los ojos—. Me engañó miserablemente.

—Usted se confundió.

—Pero usted debió aclararme la confusión.

—Preferí seguirle la corriente.

—¿Por qué?

—Hace muchas preguntas.

—Quiero conocer el motivo para que usted llevase la broma tan

lejos. ¿O no fue una broma, señor Rusell?

—Me resultó divertido.

—Quiso divertirse a costa mía.

—No, no a costa de usted. No quise herirla.

—Está bien. Le admitiré sus excusas.

—Es usted muy amable.

—Dígame ahora. ¿Por qué lo encontré hace unas horas lleno de harapos, barbudo y ebrio y ahora está aquí, limpio, aseado y con una estrella?

—Por un negro.

—¿Qué?

—Que la culpa la tiene un negro.

—Señor Russell, no le consiento que se burle de mí otra vez.

—Le estoy diciendo la verdad. Le contaré la historia y así sabrá que no le miento.

Joe le hizo el relato de lo que le había acontecido en el establo de Paul Adams.

Cuando hubo terminado, la joven lo miraba asombrada.

—Es increíble.

—¿Qué es increíble?

—Que yo estaba pensando que usted debía cambiar y resulta que al poco rato ya había cambiado. Tienen razón los que dicen que los designios del cielo son inescrutables.

Llevaban un largo rato bailando. Tras un vals la orquesta había interpretado otros dos.

—¿Me quiere decir ahora por qué no le gusta Elmer como novio mío, señor Rusell?

—Es muy personal.

—Dígalo, sin embargo.

—No.

—¿Por qué no?

—No me gusta meterme en camisa de once varas.

Joe sintió que le palmeaban en la espalda. Era Elmer Sutton.

—¿Me permites que baile con mi novia, Russell?

—No faltaba más.

Elmer cogió por la cintura a Stella y ambos se marcharon bailando.

Joe regresó al lado de Norman.

—Sí, señor —dijo el viejo—, es una yegua de fina estampa con unos remos extraordinarios. Y para qué hablar de su lomo.

—Señor Simmons, ¿por qué no se enjuaga la boca?

—Gracias por recordármelo. Me la enjuagaré con *whisky*.

—Que le aproveche.

—¿No te la enjuagas tú?

—No, gracias.

Joe hizo un saludo con la mano y salió de la casa. Al llegar a la calle, llevó aire fresco a sus pulmones y echó a andar hacia la comisaría.

CAPÍTULO VII

El *marshall* Murray recibió un golpe en la cara.

El hombre que le había castigado lo apuntó con el revólver que manejaba.

—Usted es un berzotas, *marshall*. Se va a callar la boca.

Habían entrado dos tipos con el revólver en mano.

El *marshall* no los había visto nunca.

Se encontraba a solas, porque Joe estaba en la fiesta de Elmer Sutton y Edmund Drake hacía la ronda.

—No pueden asaltar mi comisaría —dijo Murray.

—¿Quiere que le aplaste la nariz con el revólver, *marshall*?

El hombre que llevaba la voz cantante era moreno y le faltaba un trozo de la oreja derecha.

—¿Qué quieren? Sólo tengo diez dólares en la caja.

—No queremos dinero.

El otro salteador, un muchacho de unos veinticinco años, rubio, de cejas blancas, se acercó a la reja de la celda, mientras reía por lo bajo.

Tommy estaba despierto, mirando ya con ojos asustados hacia la oficina.

—Hola, negrito.

Tommy no contestó.

El rubio rió con fuerza.

—Negrito, hemos venido por ti.

El *marshall* gritó:

—¡No pueden llevárselo!

El hombre de la oreja partida le pegó otra vez con el cañón del revólver en el pómulo.

—Silencio, *marshall* berzotas.

Murray sintió cómo la sangre le corría por la mejilla.

El rubio volvió a hablar por entre los barrotes.

—Negrito, tú eres un hombre importante. ¿No sabías eso? ¿Verdad que no? Pues te equivocas, negrito. Porque eres tan importante que dos hombres como Max Winters y Lee Butler han venido a por ti. Yo soy Lee Butler, y en algunos sitios me conocen por «El Zurdo».

Tommy estaba cada vez más asustado y no se movía.

—¿Qué te pasa, negrito? —siguió riendo Butler—. ¿Me tienes miedo?

—Sí, señor.

—¿Mucho miedo?

—Sí, señor.

—Pues no debes tenérmelo, negrito. Yo no te voy a hacer nada. ¿Verdad que no le voy a hacer nada, Max?

—Lo vamos a tratar muy bien.

—¿Oyes, negrito? Te vamos a tratar como a un principito.

—Como a un príncipe negro —dijo Max.

El rubio se carcajeó golpeando el cañón del revólver contra la reja.

—Qué gracioso fue eso, Max. ¿No te ríes, negrito?

Tommy seguía muy serio, encogido en el camastro.

—¿Por qué no te ríes, negro? Mi amigo Max hizo un buen chiste.

Murray intervino nuevamente.

—¿Puedo decirles algo?

—Así se hace, *marshall*. Se pide permiso para hablar —rió también Max—. ¿Oyes al representante de la ley, Butler?

—Sí, lo he oído.

—¿No te parece una persona educada?

—Sí, muy correcta.

—Pide permiso para hablar y todo. ¿Qué hago, Lee? ¿Se lo doy o no se lo doy?

—Dáselo. A lo mejor también dice un chiste.

—*Marshall*, tiene suerte. Le consentimos que hable, también nosotros somos dos tipos correctos y educados. ¿Ve cómo?

Murray tragó una bocanada de aire.

—¿Qué van a hacer con Tommy?

—¿Le interesa mucho? —retrucó Max.

—Sí.

—¿Por qué, si es un negro?

—Es mi detenido.

—Pero sigue siendo un negro.

El rubio ya había dejado de reír.

—*Marshall*, está defendiendo a ese bicho que tiene ahí dentro.

—No es un bicho.

—¿No le da vergüenza decir eso? ¿Ve su piel negra y la mugre que tiene encima? Sólo un bicho puede ir así por el mundo. Pero nosotros le vamos a hacer el favor de exterminarlo.

—¡No!

—*Marshall*, se la está ganando.

El rubio se acercó a la pared y cogió el llavero. Luego, abrió la puerta de la celda.

—Sal, bicho.

Tommy no se movió del camastro.

—¡Sal te digo!

En ese momento se abrió bruscamente la puerta de la comisaría.

Joe entró con un revólver en la mano.

—¡Armas fuera! —gritó.

Max y Butler no le hicieron ningún caso y se revolvieron para disparar.

Joe apretó el gatillo una y otra vez.

Los dos tipos saltaron por el aire empujados por las balas y aunque dispararon, lo hicieron ya mecánicamente, y sus balas se desparramaron por el techo y la pared.

Se derrumbaron los dos sin vida.

Joe continuó con las piernas flexionadas inmóvil, mirando los dos cadáveres.

Se oyeron pasos y entró Edmund Drake, cuyo rostro estaba muy pálido.

El *marshall* dio un suspiro.

—Llegaste a tiempo, Joe.

—Fue Drake quien llegó. Yo no tenía revólver. Él me lo dejó.

—Lo hiciste muy bien, muchacho.

—No podía fallar desde esta distancia. Pero la mano me sigue temblando como antes.

—Ya irás mejorando.

Joe devolvió el revólver a Drake y se encaminó a la celda.
—Es mejor que me vaya, Joe —dijo Tommy.
—¿Por qué dices eso?
—Ellos no dejarán que esté aquí mucho tiempo. Ya lo ha visto.
—¿Qué pasó en Eunice, Tommy?
—Muchas cosas.
—Sólo me interesa las que se refieren a esta persecución.
—Es mejor que no lo sepa.
—Quiero saberlo.
—Perdóneme, pero prefiero callar.
—No puedes callar más. El *marshall* se portó bien contigo, Tommy. No puedes ser ingrato. Tienes que decirnos qué pasó en la plantación donde trabajabas.
—Donde era esclavo.
—Perdona, Tommy, pero la esclavitud acabó con la guerra de Secesión.
—En algunas partes no acabó.
—¿Y una de ellas era la plantación de Kid Brenson?
—Sí, Joe, el señor Brenson continuó teniendo esclavos. Era espantoso. La plantación está muy lejos de la ciudad, a cincuenta millas, y por eso el señor Brenson puede hacer allí lo que quiera. Tenía un capataz sanguinario y cruel. Nos golpeaba, nos maltrataba, nos hacía azotar por cualquier cosa, y muchas veces era él mismo quien nos imponía el castigo, hasta que un día no pude más y…
—Continúa.
—Traté de matarlo.
—Y lo conseguiste.
—No.
—Lo mataste, Tommy.
—¡He dicho que no! Yo no le maté. Le ataqué con un pico y fallé… Me metieron en una caja de madera donde tenía que estar sentado. Sólo me daban agua y comida una vez por día, y la comida consistía en la bazofia que echaban a los cerdos. Yo sólo tenía derecho a comer lo que ellos. Así pasé veinte días, y, de pronto, una noche noté que la puerta estaba abierta. Pensé que algún amigo se había compadecido de mí. Salí de allí y eché a correr. Pero al cabo de media hora ya me estaban persiguiendo con perros. Logré escabullirme dejándome arrastrar por las aguas de un río. Al cabo

de dos días llegué a una cabaña. Allí había un viejo. Había estado días antes en la ciudad y se había enterado de que un esclavo llamado Tommy había matado al capataz de la plantación de Kid Brenson y el capataz era Jess Mallon…

—¿Por qué no te detuvo el viejo?

—Había estado preso la mayor parte de su vida y sabía lo que es sentirse solo. Me dio alimentos y me dijo por donde debía huir. Si no hubiese sido por él, me habrían atrapado. Y seguí corriendo, llevando tras mis talones siempre a los hombres de la plantación. ¿Se da cuenta, señor «*Whisky*»? Yo escapé de la caja y sólo me preocupé de matar al capataz con un hacha. ¡Pero eso no es verdad! ¡Cuando salí de la caja, sólo pensé en huir!

Joe volvió la cabeza para observar al *marshall*, que estaba un poco más allá escuchando.

Se había hecho un silencio.

Murray gritó:

—Tommy, todo eso que cuentas es una fábula.

—¿Por qué no me cree?

—Por eso, porque es una fábula. Tú mataste al capataz. Ya intentaste matarlo una vez, pero te falló. Estuviste veinte días en la jaula diciéndote una y mil veces que la próxima vez no fallarías.

—¡No!

—Saliste de tu encierro con todo el odio del mundo dentro del cuerpo y sólo pensaste en una cosa. ¡En liquidar a Jess Mallon!

—Odiaba a Jess Mallon. Le odiaba con todas mis fuerzas, pero cuando salí de la caja sólo pensé en escapar. Apenas podía estarme en pie. Había estado demasiado tiempo agachado y no tenía fuerzas ni para levantar los brazos. No estoy loco, *marshall*. Yo nunca habría podido enfrentarme con el capataz. Era fuerte, poderoso, con la misma talla que el señor «*Whisky*». Yo tendría que estar loco para intentar matarlo. Sólo quería marcharme de allí. Nadie lo había conseguido hasta entonces. Pero me dije que no tenía otra solución.

—¡Deja ya de mentir! —gritó Joe.

—¡No estoy mintiendo!

—Yo te diré lo que tú eres… ¡Un tipo que estaba harto de su forma de vivir! Eso era lógico. Eras un esclavo, te maltrataban, te hacían trabajar más allá de tus fuerzas, y todo tu odio lo concentraste en una persona. ¡El capataz Jess Mallon! Te juraste a ti

mismo acabar con él y por eso intentaste matarlo con el pico.

—¡Ya he dicho que es verdad! Traté de matarlo y ya no contaba con lo que me hacía a mí, sino con lo que hacía a mis compañeros y a las mujeres de nuestra raza.

—¡Eres un asesino!

—¡No lo soy!

—¡Mataste al capataz!

—¡No lo maté!

—¡Lo mataste, maldita sea! Confiésalo de una vez. Tienes miedo a que te entreguemos a esos hombres porque ellos te llevarán a Eunice para acabar contigo.

—¡Juro que no lo maté! ¡Se lo juro, señor «*Whisky*»!

El negro escondió la cara entre las manos y gimió como un animal.

Joe le puso una mano en el hombro.

—Tommy, te creo.

El negro levantó la cara con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No es cierto! ¡No me cree!

—Era necesario que te acusase.

Joe salió de la celda.

Drake ya había retirado los cuerpos de los dos pistoleros.

El *marshall* se movió hacia la mesa y se dejó caer en la silla.

—Quisiera estar tan seguro como tú de que Tommy dice la verdad, Joe.

—Puede estarlo. Nos dijo la verdad.

—Ellos dirán que miente, que mató al capataz y que debe ser juzgado en Eunice.

—Pero usted no tiene la obligación de entregarlo porque la muerte de Jess Mallon ocurrió en Luisiana, y Tommy está en otro Estado, en Texas.

—Va a ser difícil, muy difícil, Joe.

—No espero que sea fácil.

CAPÍTULO VIII

Joe iba a salir de la comisaría.

—Espera, Joe —dijo el *marshall.*

—¿Qué quiere, jefe?

—No puedes ir por ahí sin revólver.

—No me hace falta.

—Ahora te hará falta. Eres una autoridad y debes llevarlo.

—Mi mano sigue temblando. Si estuviese frente a un *gun-man*, nunca podría ganarle.

—Si ese momento llega, procura que no te tiemble la mano.

—Es algo que no puedo evitar.

—Tienes que evitarlo. Irás armado. Es una orden.

Joe rezongó una maldición por lo bajo y se acercó al armario donde había dos cinturones con revólver y tres rifles. Examinó los dos revólveres y finalmente se quedó con uno de ellos.

Cuando ya tenía puesto el cinturón, trató de sacar, pero lo hizo con torpeza.

Murray lo estaba vigilando, y él se dio cuenta.

—¿Qué dices ahora, jefe?

—Que te falta entrenamiento.

—Entonces lo dejaré hasta que me haya entrenado un poco.

—¡Te vas a entrenar desde ahora con el cinturón puesto!

—¿Quiere que me maten, *marshall*?

—Todo lo contrario. Quiero que sigas viviendo pero tendrás que sacar mucho más rápido de lo que lo haces.

Joe soltó una retahíla de maldiciones mientras salía de la comisaría.

Una vez en el porche se detuvo, inspiró profundamente y movió

la mano hacia el revólver. Esta vez le salió un poco mejor.

Oyó la voz de Terry a su espalda.

—Eh, Joe, ¿qué haces con ese revólver?

Joe se volvió y entonces Terry le miró asombrado.

—Una estrella. Oh, perdone, señor. Le confundí con un amigo. —Terry levantó la mirada al rostro de Joe y entonces se puso a parpadear—. ¡Joe! ¿Otra vez eres ayudante del *marshall*?

—Sí, Terry.

—¡Dios mío, y consiguió de ti que te afeitases!

—Y antes tuve que bañarme.

—¿Es posible?

—Sí, Terry.

—Júralo.

—Te lo juro. ¿Y sabes lo que te digo? Que el agua no es tan mala como parece.

Terry lo miró con aire de sospecha.

—Joe, ¿estás borracho?

—No.

—Debes estarlo para decir esas cosas del agua.

—¿Ya has encontrado trabajo?

—No.

—El *marshall* te soltó a condición de que lo buscases.

—Eh, Joe, no te puedes poner ahora contra mí porque lleves una estrella.

—No me voy a poner en contra tuya, Terry.

—Bueno, acabas de decir que trabaje.

—No te hará ningún daño.

—Como el agua, ¿eh?

—Vete con el herrero, Terry. Él siempre tiene necesidad de alguien que le eche una mano y te pagará al menos un dólar por día.

—Me desriñonaré. ¿Quieres eso, que me desriñone?

—No, hombre. Estoy seguro de que no te va a pasar nada malo porque trabajes un poco.

—¿Quieres decir que los dos debemos iniciar una nueva vida?

—Pues, sí.

—¿Quién ha conseguido eso de ti? ¿El negro?

—¿Qué sabes de eso?

—Oí hablar de que habéis detenido a un negro.

—¿Dónde?

—En el *saloon*. Vi forasteros.

—¿Un tipo con una cicatriz sobre la ceja?

—Sí.

—¿Y otro rubio?

—Eso es.

—Iré a hablar con ellos.

—No vayas, Joe.

—¿Por qué no? Ahora soy ayudante del *marshall* y me interesan esas personas que hablan del negro.

—No lo decía por ellos sino por otros que hay allí.

—¿Quiénes?

—Bill Sunday, el capataz de «La Espuela de Plata».

—También tengo ganas de hablar con Bill Sunday.

—No vayas, Joe. Bill no está solo. Le acompañan los cuatro *cowboys* que te golpearon.

—Gracias por el informe.

—¿Vas a ir?

—Sí.

—Te acompañaré.

—Te ordeno que vayas a la herrería, Terry.

El viejo soltó un salivazo al polvo.

—Está bien. Me iré a la herrería. Pero ¿sabes lo que va a pasar contigo si te metes en el *saloon*? Te molerán, y hasta es posible que te saquen con los pies por delante.

—Hasta luego, Terry.

Joe dio media vuelta y echó a andar por la acera de tablones.

Al llegar ante la puerta del Saloon Delancy, se detuvo.

Instintivamente movió la mano hacia el revólver. Luego, con un gesto lento, empuñó las batientes puertas y entró en el local.

El rubio Robert Hilman y el de la cicatriz, Harry Burke, estaban sentados ante una mesa y hablaban entre sí pero se interrumpieron al verlo.

Joe vio también en el mostrador a Bill Sunday con sus cuatro *cowboys* y dos *girls*. Todos reían y bebían. El mozo Ben llenaba los vasos que estaban vacíos. Fue éste quien primero descubrió a Joe y dijo algo por lo bajo a Sunday.

El capataz de «La Espuela de Plata» volvió la cara. Sus labios esbozaban una sonrisa. Enarcó las cejas y exclamó:

—Eh, muchachos, aquí tenemos a Joe «*Whisky*».

Los muchachos también se volvieron y todos tenían una sonrisa.

—Hola —dijo Joe.

—¿Un vaso de *whisky*, Joe? —inquirió Bill con sorna.

—¿Por qué no?

Joe echó a andar hacia el mostrador.

—Espera, Joe —dijo Bill.

—¿Qué pasa, Bill?

—Hombre, que tendrás que hacer algo.

—¿Limpiarte las botas?

—Sí, eso, me las ensucié un poco viniendo hacia acá. Joe miró las botas de Bill.

—Ya veo que las tienes sucias.

—Empieza, Joe.

—En seguida.

Joe le soltó un salivazo en la bota derecha.

Bill dio un respingo.

—¿Qué has hecho?

Joe no dijo nada. Miró a los ojos de Bill. El rostro del capataz se estaba tornando serio y también habían dejado de sonreír los cuatro *cowboys.*

El único que reía era Ben, el mozo, con su boca babeante.

—Ben —dijo Joe—, pon otro vaso.

—¿Lo pongo, señor Sunday?

—Sí, haz caso a Joe.

Ben escanció en otro vaso y entonces Joe dijo:

—Otros dos vasos, Ben. Tiene que haber cuatro.

—¿Pongo los cuatro vasos, señor Sunday?

—Pon los cuatro vasos.

Ben terminó de escanciar en el último vaso y se quedó con la botella en la mano.

—Ya están servidos, señor Sunday.

El capataz entornó los ojillos.

—Joe, ahí están los cuatro vasos, llenos hasta el borde.

—Ya los veo.

—Son tuyos.

—Gracias. Eres muy amable.

—Pero tendrás que pelear con mis cuatro muchachos.

—No.

—¿Que no, Joe? ¿Vas a renunciar a esos cuatro vasos? Sólo tienes que ganar a mis cuatro muchachos.

—A cinco.

—¿Cómo?

—Voy a pelear contigo también.

—¿Con los cinco?

—Sí, Bill, con los cinco. Pero tú te puedes librar de la pelea, Bill. Sólo tendrás que hacer una cosa para ello.

—¿El qué?

—Limpiarme las botas con la lengua.

Se hizo tal silencio en el *saloon* que hería los oídos.

Fue roto por una carcajada de Bill Sunday.

—Joe, estás más borracho que nunca.

—Lo sabrás en seguida.

—¿Crees que porque tienes una estrella vas a ganar?

—Eso no importa. —Joe se quitó la estrella y la arrojó sobre el mostrador—. Ya no tengo estrella, Bill.

El capataz apretó las quijadas.

—Te vamos a destrozar, Joe. Será peor que la otra vez. Te lo aseguro, Joe. Esta vez no vamos a tener compasión. Te vamos a moler todos los huesos. Y ya que dijiste eso de que te limpiase las botas con la lengua, tú serás el que nos las limpie a los cinco. ¿Lo oyes, Joe?

—Sí, te he oído.

—¡Vamos contra él, muchachos!

El capataz y sus cuatro *cowboys* se lanzaron sobre Joe «*Whisky*».

Capítulo IX

Joe estrelló el puño en el maxilar inferior de uno de los *cowboys*, enviándolo por el aire contra una mesa que convirtió en astillas.

Luego Joe retrocedió muy aprisa y los golpes que le enviaron sus rivales se perdieron en el vacío.

Uno de ellos se venció hacia Joe, quien le recibió con un mazazo en los ojos.

El *cowboy* cayó como una res apuntillada soltando un tremendo rugido.

—Cuidado, muchachos —dijo Bill Sunday.

Eso sirvió para que los otros dos *cowboys* se detuviesen.

Los primeros rivales de Joe habían quedado sin sentido.

Bill se echó a reír.

—Eso estuvo bien, Joe.

—Gracias.

—Pero no han cambiado las cosas. Todavía somos tres. Quedamos los mejores.

—Enhorabuena.

—Pero todavía puede haber una solución para ti, Joe.

—Ah, ¿sí?

—Límpianos con la lengua las botas. Te ganarás cuatro vasos de *whisky*.

Joe le pegó otro salivazo y esta vez lo destinó a la cara.

Bill se limpió con la manga y, lleno de ira, gritó:

—¡Acabemos con él!

Los tres hombres saltaron sobre su enemigo.

Joe manejó los puños con eficiencia. Destrozó las narices de uno de sus rivales, quien cayó en el suelo soltando sangre como un cerdo degollado.

El último *cowboy* trató de cazarlo con una patada en la entrepierna, pero Joe saltó a tiempo y lo atrapó por el tobillo. Hizo un movimiento brusco y el hueso crujió.

El tipo cayó en el suelo retorciéndose y pegando chillidos.

—¡Me ha roto el hueso, Bill! ¡Me lo ha roto!

Bill Sunday había fallado dos golpes. Joe con el rostro convertido en granito, dijo:

—Sólo quedamos tú y yo, Bill.

—Te voy a hacer pagar todo esto.

—Empieza.

—Ataca tú.

—Sí, hombre, por qué no.

Joe levantó los puños y se acercó a Bill, quien también los alzó. Los dos empezaron a trazar un círculo, vigilándose atentamente.

Joe amagó con la izquierda y disparó la derecha.

Bill recibió el puño en la boca. Salió disparado hacia el mostrador y allí golpeó la columna vertebral.

Soltó una maldición y escupió sangre y un par de dientes.

—¡Dame esa botella, Ben!

Se la quitó de un manotazo y rompió la botella por la mitad. Su rostro se desfiguró por una mueca infrahumana.

Se dirigió hacia Joe adelantando el trozo de la botella llena de aristas.

—Acércate un poco, Joe. Quiero hacerte una caricia.

—Yo también te la haré.

Joe retrocedió unos metros seguido por Bill.

—¿Qué te pasa, Joe? ¿Ya has perdido todo tu valor?

Quería distraerlo y lo probó adelantando la mano con la que empuñaba los restos de la botella.

Pero Joe no se dejó engañar.

Evitó el zarpazo a la garganta que podría haber sido mortal y hundió el puño en el hígado de Bill.

El capataz se quedó sin respiración.

Joe saltó apoderándose de la mano armada con la botella y le llevó ésta a la espalda con un tirón fuerte hacia arriba.

Bill pegó un chillido y abrió la mano dejando caer los restos de la botella en el suelo. Seguía echando mucha sangre por la boca porque tenía los dos labios partidos.

—¡Joe, me rompes el hueso!
—De rodillas, Bill. Llegó la limpieza.
Bill se puso de rodillas.
—A ver cómo funciona tu lengua, capataz.
El rostro de Bill estaba cubierto de sudor y sangre. Se inclinó sobre la bota de Joe y le pasó la lengua por la punta.
—Otro pasecito, Bill.
Bill volvió a pegar un lengüetazo a la bota. Luego, Joe lo levantó bruscamente.
—No quiero que continúes tu trabajo, Bill. Lo estás haciendo muy mal.
Le soltó un trallazo con la derecha.
Bill se marchó dando vueltas por el suelo, convertido en una pelota, hasta que encontró en su camino la pared. Allí se detuvo, pero ya no se levantó.
Todos los clientes del local y las *girls* habían estado pendientes de aquella pelea.
Ben Prince sonrió a Joe.
—Se ha ganado los cuatro vasos.
Joe caminó hacia él.
—Bébetelos, baboso.
—Tengo úlcera, señor «*Whisky*». Yo no bebo.
—Bébete los cuatro vasos o te los hago beber yo.
—Sí, señor. Ahora mismo me los bebo.
Ben bebió un vaso y se cogió el estómago. Bebió el segundo, el tercero y el cuarto y, cuando hubo terminado, echó a correr y desapareció en una habitación interior.
Joe se puso la placa en la camisa, dio media vuelta y echó a andar hacia la mesa donde se encontraban Robert y Harry.
—He hablado con Tommy.
—No nos interesa —contestó Hilman.
—Me ha dicho que él no mató a Jess Mallon.
—No nos interesa —repitió Hilman.
—Tommy es inocente.
—No nos interesa —dijo una vez más Hilman.
Joe guardó silencio mientras observaba atentamente a Hilman y Burke. Los dos sonreían con ironía.
—No se van a llevar a Tommy… No, no lo diga, Hilman. No

vuelva a decir que no les interesa o le rompo la cara.

Hilman sacudió la cabeza.

—Ha probado ser muy bueno con los puños, Joe. Sería una locura por mi parte aceptar una pelea con usted.

—Hace bien. Es mejor que desista también de lo otro.

—¿De lo otro?

—Sabe a qué me refiero. A Tommy. Nunca se lo llevarán.

—Eso está por ver.

—Mandaron dos pistoleros a la comisaría.

—¿Nosotros? Pero ¿qué dice, señor ayudante? No conocemos a nadie aquí, ¿verdad, Burke?

—No conocemos a nadie. Somos forasteros.

—Les conviene marcharse al lugar de donde vinieron.

—No podemos marchamos.

—¿Por qué no?

—Estamos esperando a nuestro jefe.

—¿Se refiere al propietario de la plantación, a Kid Brenson?

—Sí, ése es nuestro jefe.

—Así que lo mandaron llamar.

—Le telegrafiamos en cuanto el *marshall* decidió quedarse con el negro.

—No se quedó con él. Lo detuvo.

—Para nosotros es igual. Lo detuvo para quitárnoslo de las manos.

—¿Y qué esperan conseguir cuando venga el señor Brenson?

—Él no es un cualquiera.

—¿Quiere decir que es un poderoso?

—Sí, lo es.

—Lo será en Eunice pero aquí no.

—Ya se convencerá de que Kid Brenson es poderoso en Eunice y en Jackson City.

—Muy bien. Esperaré para convencerme.

—Trato hecho —sonrió con sarcasmo Hilman.

—Pero les haré una advertencia. Dije que se estuviesen quietos. No más pistoleros.

—¿Qué pistoleros? Nosotros no conocemos a ningún pistolero, ¿verdad, Burke?

—No, no conocemos a ningún pistolero. Somos forasteros.

Joe rió también pero lo hizo enseñando los dientes de un lobo.

—Si me vuelven a sacar de mis casillas, no les valdrá el cuento.

—¿Nos amenaza?

—Tómelo como quiera, Hilman.

Joe retrocedió sin dar la espalda a la mesa de Hilman.

Los dos hombres lo siguieron con la mirada.

Joe se tropezó en el porche con Terry.

—¿Qué haces aquí, abuelo?

—Demonios, no me lo quise perder.

—Deberías estar en la herrería.

—Nunca me habría perdonado no ver esa escena. ¡Les ganaste a todos! Pero hiciste una cosa que no me gustó.

—¿El qué?

—Desperdiciaste los cuatro vasos de *whisky*.

—¿Tú crees?

—Caramba, Ben debe estar echando el hígado. Le hiciste beber cuatro vasos con su úlcera.

—Es un canalla. Le gusta ver cómo golpean a un débil. Tú lo sabes.

—Sí, Joe, tienes razón. Mirado así, se ganó los cuatro vasos de *whisky*.

—Vete a la herrería y pide trabajo.

—¿No tienes veinticinco centavos para un amigo?

—Todavía no cobré.

—¿Estás trabajando y no has cobrado?

—Nunca se cobra por adelantado, Terry. Y te voy a dar un consejo. Cuando te pague el herrero, no te lo gastes en *whisky*.

—Oh, sí, ahora me vas a decir que me lo gaste en un baño.

—No estaría mal.

—Seguro que eso ha sido cosa de la señorita «Limpieza».

—¿Eh?

—Tú dices que has cambiado por el negro. Pero no estoy muy seguro de que haya sido por él. A propósito de ella. Ahí la tienes.

Terry señaló la acera de enfrente.

Joe miró allí y efectivamente descubrió a Stella Benson.

—Lárgate a la herrería, Terry.

CAPÍTULO X

Stella vio por el rabillo del ojo a Joe.

Había salido única y exclusivamente para ver si lo encontraba.

Estaba hospedada en el Hotel Harris y allí permanecería hasta el día que se casase con Elmer Sutton.

La noche anterior había dormido muy mal.

A decir verdad, no había pegado ojo hasta que fue de madrugada.

Y la culpa la tenía Joe Russell.

La había intranquilizado con aquella respuesta suya con respecto a Elmer.

¿Qué tenía Joe contra Elmer Sutton?

Miró hacia el lugar donde había visto a Joe y el corazón le dio un vuelco. Joe había desaparecido.

—Hola.

Dio un grito sobresaltada mientras se volvía.

No, no había desaparecido porque lo tenía delante.

—Perdone si la asusté —dijo Joe.

—No tiene importancia.

—¿Dando un paseo?

—Pues sí. Necesitaba respirar un poco de aire. Esa habitación del hotel es un poco calurosa.

—Comprendo.

—Aquí se respira un poco de aire.

—Sí, se respira.

—Y una necesita aire para poder vivir.

—Eso es verdad.

De pronto ella se echó a reír.

—¿De qué tontería estamos hablando?

—Lo mismo digo —rió él también.
Stella echó a andar y Joe lo hizo a su lado.
—No debe acompañarme —dijo Stella.
—¿Por qué no?
—Soy la prometida de Elmer Sutton y en seguida irán a él con el cuento.
—Si quiere, me retiro.
—No.
Siguieron andando en silencio y llegaron al final de la calle. Allí había unas cuantas encinas, lejos ya de la última casa. Continuaron andando hacia aquel lugar y cuando se encontraron a la sombra de un árbol, Stella miró la cara de Joe.
—¿Por qué odia a Elmer?
—Será mejor que me vaya.
—Y lo hace porque no quiere contestar a mi pregunta.
—Exactamente. Buenos días, señorita Benson.
—Es usted un cobarde.
Joe ya había dado media vuelta pero se detuvo.
—¿Por qué me dice eso?
—Porque es un cobarde. Usted dijo anoche que Elmer no era el esposo adecuado para mí.
—Muy bien. Lo dije.
—Yo le pregunté por qué y ahora lo he vuelto a preguntar y usted evade la respuesta. ¿Cree que es caballeroso haber hecho surgir las dudas en mi mente con respecto a Elmer?
Joe se miró la punta de las botas.
—Cuando usted me confundió con mi hermano, quiso saber por qué él estaba así, por qué bebía, por qué estaba convertido en una basura.
—Sí.
—Mi historia tiene que ver con Elmer Sutton.
—Cuéntemela.
—¿Insiste usted?
—Sí, insisto.
—Me enamoré de una mujer. Ella era la maestra de Jackson City. Se llamaba Evelyn Steel. Creí que ella me correspondía. Nos íbamos a casar. Yo era entonces el ayudante del *marshall*. Pero un día Evelyn se marchó del pueblo.

—¿Sin avisarle a usted?

—Eso es. Sin avisarme.

—¿Y por qué se marchó?

—Se fue con otro hombre.

—¿Con Elmer Sutton?

—Sí. —Joe hizo una pausa—. Fui un tonto. Al parecer, Evelyn y Sutton se habían visto a mis espaldas. Permanecieron varios meses por ahí, juntos, pero no se casaron. Al cabo del tiempo Elmer Sutton abandonó a Evelyn. Sentí deseos de matarle pero ya no podía hacerlo porque llevaba mucho tiempo bebiendo y bebiendo. Además, me dije que no valía la pena convertirme en un asesino por una mujer que me había engañado.

—Hizo usted lo mejor.

—Ahí tiene la historia.

—¿Qué fue de Evelyn?

—Nunca he sabido más de ella.

—Usted la quería mucho.

—Sí.

—Y se dijo que nunca volvería a querer a otra mujer como a aquélla.

—Es lo que me dije.

—Y no se ha vuelto a enamorar.

—No, creo que no.

—No comprendo el resentimiento de Elmer contra usted… Después de todo, él le quitó a Evelyn. Y sin embargo se jactó de algo.

—¿De qué se jactó?

—Como sabe, Elmer es el dueño del rancho «La Espuela de Plata».

—Sí.

—Elmer me habló de que sus hombres le pegaron una paliza hace varios meses.

—Sí.

—Porque usted quiso ganar a cuatro de ellos.

—Hoy me llegó el desquite.

—¿Cómo?

—El capataz, Bill Sunday, y los cuatro *cowboys* de entonces quisieron divertirse a mi costa. Bueno, admito que yo también puse

algo de mi parte. Estaba lleno de rabia y por primera vez en mucho tiempo peleé con agallas.

—¿Por qué?

—No sé.

—¿No lo sabe?... Debe ser por ese negro al que usted se refirió.

—Quizá hay algo más.

—¿El qué?

—Usted.

—¿Yo?

—Sí, Stella.

Ella se volvió bruscamente dándole la espalda.

—No continúe, señor Russell.

—Me iré.

—No he dicho que se vaya.

Hubo un silencio y ella le preguntó sin mirarle:

—¿Qué iba a decir acerca de mí, señor Russell?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Empezó a decir que yo también podía haber sido una razón para que usted cambiase.

—Hemos quedado en que no lo debo decir.

—No me lleve la contraria y dígalo.

—Sólo lo sé decir de una forma.

—Muy bien.

Joe fue hacia la joven, la hizo volver bruscamente y la besó en la boca.

Stella apartó la cara con ojos espantados.

—¿Qué ha hecho, señor Russell?

—Le dije que sólo sé decirlo de una forma. Y ésta es la forma.

—Señor Rusell, usted quería a Evelyn.

—Sí.

—No me irá a decir que ahora me quiere a mí...

—No sé.

—¿No lo sabe?... Pero si me ha besado. ¡Y con qué ganas!

—Oiga, señorita Benson, yo estoy hecho un lío. Stella se abanicó con la mano.

—Y yo también... Y qué lío, madre mía... Tengo un hombre para casarme y ahora aparece usted. Señor Russell, es usted muy impertinente. Debió aparecer en mi vida mucho antes.

—Lo siento.

—Si se hubiese apartado del *whisky* antes… ¿Y qué va a pasar ahora?

—Le veo el anillo de prometida en la mano.

—Me lo dio Elmer anoche, en el transcurso de la fiesta.

—Creo que usted sabe lo que tiene que hacer.

—¿Está seguro?

Joe dio un paso hacia ella.

—¿Qué va a hacer, señor Russell?

—Besarla otra vez.

—Me temo que tengo que prohibírselo.

—De acuerdo. No la besaré.

—Pero no se lo prohíbo.

Joe volvió a unir sus labios a los de ella. La joven, cuando él la soltó, se tambaleó y buscó el apoyo del árbol.

—Señor Russell, será mejor que eche a correr… Por favor, corra o le pediré más. Y eso sería una inmoralidad, teniendo en cuenta que estoy prometida.

—Sí, señorita Benson.

—Váyase, por favor, que me ha puesto muy inquieta.

Joe sonrió a Stella y se marchó con su larga zancada.

Ella estuvo a punto de gritarle que se detuviese, que volviese a su lado para que la continuase besando, pero se mordió el labio inferior para seguir guardando silencio.

Cuando Joe se hubo perdido a lo lejos, Stella se apartó del árbol y se dirigió hacia el hotel.

Una vez llegada a su habitación, se puso a pasear nerviosa mientras se sacaba y metía el anillo de compromiso del dedo.

Llamaron y abrieron sin que ella autorizase la entrada.

Era Elmer Sutton.

—Hola, querida.

—¿Cómo estás de salud, Elmer? —dijo ella con palabras atropelladas.

—¿Cómo debo estar? Ayer estaba bien.

—Podrías haber enfermado durante la noche.

—No, no he enfermado. Sigo perfectamente.

Elmer caminó hacia la joven, la cogió por el brazo y la besó en la boca, pero ella se apartó en seguida.

—¿Qué te pasa, Stella?
—Nada.
—¿Saliste del hotel?
—Sí.
—¿Y adonde fuiste?
—Por ahí, a dar un paseo.
—¿Sola?
—Claro que fui sola.
—Qué raro.
—¿Por qué dices eso?
—Porque un empleado mío te vio con Joe «*Whisky*».
—Oh, sí, me lo encontré.
—¿Y qué te dijo ese borracho?
—No es un borracho.
—¿Por qué lo defiendes?
—Porque creo que eres injusto con él.
—¿Y por qué te besó?
—¿Eh?
—No eres nada prudente, querida. Joe te besó al final de la calle, en la explanada de las Seis Encinas. Tú creíste que no había nadie por allí. Pero había un empleado mío.
—¿Y por qué estaba allí ese empleado tuyo?
—Porque le mandé que te siguiese.
—¿Que tú mandaste espiarme?
—Sí, yo. Desde que bailaste con Joe entré en sospechas.
—¡No tenías ningún derecho a sospechar de mí!
—Ah, ¿no? Cariño, incurres en una contradicción. Yo estaba en mi banco, trabajando, y tú te viste con Joe porque habías acordado una cita con él.
—¡Es falso! ¡No le concedí ninguna cita!
—Así que os encontrasteis por casualidad.
—Así es.
—Y esperas que te crea.
—Es asunto tuyo.
—Bien, Stella. Joe «*whisky*» te besó, pero yo haré que se arrepienta.
—¿Qué vas a hacer con él?
—Parece que el borracho desencadenó una ofensiva contra mí.

Hoy hizo dos heroicidades. Pegó una paliza a varios hombres de mi rancho y besó a mi novia. Ha sido un desquite.

—Hablé con él acerca de Evelyn Steel.

—Ya lo suponía. Ese canalla te dijo que yo le quité a su chica.

—Sí.

—Pero yo no se la quité.

—Oh, no. ¿Y qué hiciste?

—Evelyn se enamoró de mí.

—Y tú te la llevaste.

—Ella lo decidió así.

—Te aprovechaste de ella; estuvisteis unos meses juntos y luego la dejaste.

—No me interesaba.

—¿Por qué no?

—Me cansó.

—¿Te cansas siempre de una mujer que te quiere?

—Hasta ahora me gustó la novedad.

—Te agradezco que lo confieses.

—Pero contigo es distinto.

—¿Por qué es distinto?

—Porque no eres como las demás, sino mucho más hermosa, mucho más seductora. Todo lo tuyo me vuelve loco, Stella.

—Podrías también cansarte.

—No, nunca me cansaré de ti.

—Eso lo dices ahora; pero, si me tuvieses, te irías cansando poco a poco.

—Te digo que no. No puedes compararte con Evelyn o con cualquier otra.

Stella se quitó el anillo de compromiso.

—¿Qué haces, Stella?

—Te voy a devolver el anillo.

—¿Por qué?

—Quiero romper mi compromiso matrimonial.

Elmer quedó súbitamente serio.

—Haré como que no he oído nada, Stella.

—Pero no sirve porque lo has oído perfectamente. —Stella alargó la mano con el anillo—. Ahí lo tienes.

—No lo quiero.

La joven dio media vuelta y dejó el anillo en una mesita.

—Cógelo cuando te vayas.

—¡Stella!

Elmer avanzó hacia la joven y la cogió por los brazos.

—Ese borracho ha llenado tu cabeza de mentiras.

—Deja de llamarlo borracho.

—¿Es que no te das cuenta de que ha querido vengarse de mí?

—¿Y por qué iba a esperar tanto tiempo?

—Porque hasta ahora no decidí casarme. Está la mar de claro, Stella. Joe es un tipo tortuoso. Esperó todo este tiempo callado, bebiendo *whisky*, huyendo, tratando de no encontrarse conmigo, como la alimaña que se esconde para saltar sobre su presa. Eso es lo que ha hecho. Esperar que llegase su oportunidad. Y ya llegó. Tú también eres su víctima, Stella.

—Te equivocas, Elmer.

—Él no te quiere sólo ha simulado contigo. Ha representado el papel de un actor y confieso que su éxito ha sido bastante grande. Pero yo acabaré con su comedia. Y quiero tenerte a mi lado para cuando eso ocurra.

—No, Elmer.

—Ese hombre ha tratado de enamorarte. Me dijiste que lo habías conocido borracho, lleno de mugre, sucio, barbudo. Y de pronto cambia. ¿Por qué? Porque ha llegado el momento de su venganza. Y yo soy la persona de la que él se quiere vengar. Por eso se transformó y fue a la fiesta con un solo propósito. El de enamorarte. Joe se ha dicho: «Elmer Sutton me quitó a Evelyn Steel y yo le quitaré a Stella Benson».

—No lo puedo creer.

—Es la verdad. Eres una ingenua si crees en que los sentimientos de Joe son puros. Estás completamente equivocada. Sus sentimientos son los más bastardos del mundo. No ha vacilado en conquistarte porque sabe el daño que me podía hacer.

Hubo otro silencio.

—Stella coge tu anillo.

—No.

—¿Es que no han servido de nada las explicaciones que te he dado?

—Comprendo tu punto de vista, Elmer.

—Es el bueno.

—No, no lo es.

—Anda, dime, ¿por qué cambió Joe?

—Está protegiendo a un negro fugitivo.

—No, no cambió por ese negro. ¿Qué le importa a él la suerte de un tipo al que nunca vio? Somos tú y yo las razones de que haya cambiado. Ha estado acumulando odio, un odio feroz, y ahora da rienda suelta a él atacándome en lo que piensa que es mi lado flaco. Mi amor por ti. Te quiere arrancar de mis brazos…

—Basta, Elmer, por favor.

Sutton apretó los dientes.

—Te dejaré el anillo.

—Puedes llevártelo. No me lo volveré a poner.

—Sé que lo volverás a pensar.

—No…

—¡Tienes que hacerlo!… ¿Oyes?… ¡Lo tendrás que pensar otra vez! ¡Te lo prometo!

Elmer giró sobre sus talones y salió bruscamente de la estancia.

Al quedar a solas, Stella se apretó las sienes con la mano.

¿En qué lío se había metido? Era espantoso. Nunca pudo imaginar que las cosas ocurriesen de aquella forma. Había llegado a Jackson City para casarse con Elmer Sutton y ahora estaba enamorada de otro hombre, de Joe Russell.

Empezó a sentir miedo, mucho miedo.

¿Qué iba a hacer Elmer? Sólo había una respuesta. Trataría de acabar con Joe Russell.

Llegado a ese punto de sus pensamientos, echó a correr y abrió la puerta de su habitación.

CAPÍTULO XI

—Maldita sea, Joe —gritó el *marshall*— Cuando se ostenta una estrella no hay asuntos personales.

—Aceptado.

—¿Por qué entonces peleaste con los hombres del rancho «La Espuela de Plata»?

—Porque apenas entré en el *saloon*, Bill quiso empezar su broma como la otra vez.

—Debiste limitarte a no aceptar su invitación.

—¿Y qué cree que hubiese pasado? Yo, se lo diré, *marshall*. Se habría carcajeado de mí. Y yo ahora llevo una estrella y eso significa que se habrían reído de la autoridad. No podía consentirlo. ¿Con qué fuerza habría podido continuar siendo su ayudante? Si hubiese renunciado a la invitación y a plantarles cara, más valdría que hubiese renunciado a la placa. Además, por si le sirve de algo no peleé con la insignia puesta.

Murray movió la cabeza de un lado a otro.

—Complicaciones. Todos son complicaciones.

—Ya se aclararán.

—Yo pienso lo contrario.

—¿Qué piensa?

—Que las cosas se pondrán más graves.

—Lo dice porque muy pronto llegará Kid Brenson.

—Bravo, muchacho. Has acertado.

—Sea quien sea en Eunice, aquí no es nadie, jefe. Debe seguir siendo tan forastero como sus esbirros.

—Eso es lo que tú dices.

—Ese hombre tiene esclavos y se ha colocado fuera de la ley. No merece ningún trato de favor. Todo lo contrario. Se ha hecho

acreedor a un castigo.

—Nosotros no podemos juzgar lo que pase en Eunice. Eso es cuenta de la autoridad que haya allí.

—¿Y qué clase de autoridad hay en Eunice? Un piojoso tipo con estrella al servicio de Kid Brenson.

—¡Te prohíbo que digas eso!

—Muy bien, retiro lo de piojoso. Un repugnante tipo con estrella que se deja sobornar por Kid Brenson.

—¿Quieres callar la boca de una vez?

En ese momento se abrió la puerta y entró Stella.

—Oh, perdón, *marshall,* se me olvidó llamar.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita?

—Venía a hablar con Joe, pero puede también oírlo usted.

Joe se acercó a la joven.

—¿Qué pasa, Stella?

—Le devolví el anillo de compromiso a Elmer.

—¿Hizo usted eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque le quiero a usted.

El *marshall* parpadeó.

—Eh, oiga, señorita. Usted dijo que lo podía oír.

—Sí, eso dije.

—¿No cree que debo marcharme?

—No, porque también usted está interesado.

—¿Yo? ¿Qué infiernos tengo yo que ver con los líos amorosos de usted, señorita Benson?

—Elmer está furioso y creo que hará algo para acabar con su ayudante.

El *marshall* se quedó con la boca abierta.

—Joe, ¿qué decías de que las complicaciones se iban a aclarar?

—No se preocupe, jefe.

—¿Que no me preocupe? ¿Y de qué me tengo que preocupar? ¿Quieres que me dedique a jugar a las damas con Drake, mientras tengo en la celda a un negro fugitivo, acusado de un crimen, y mientras mi ayudante le quita la novia al director del Banco local?

—Tranquilo, jefe, tranquilo, que le puede dar algo.

—¡Claro que me va a dar algo! ¡Y me lo merezco por haberte

tomado como ayudante!

—¿Quiere que le devuelva la insignia?

—¡Y un cuerno! ¡No la acepto!

—Quizá se resuelvan las cosas sin mí.

—No, Joe, tú me metiste en estos líos y me tienes que sacar de ellos. ¡Aunque dudo mucho que lo consigas!

Joe cogió del brazo a Stella y se la llevó al patio trasero.

Allí la miró a los ojos.

—¿Está segura de lo que ha hecho, Stella?

—Sí.

—Así que usted y Elmer hablaron de mí.

—A decir verdad, toda la conversación giró acerca de usted.

—¿Por qué?

—Porque era el tema más importante.

—Y hablaron de Evelyn y lo que pasó entre Elmer, ella y yo.

—Así es.

—¿Cuál fue la opinión de Elmer?

—Que usted trató de vengarse. Que ha estado acumulando odio durante mucho tiempo. Ahora había llegado el momento de que usted llevase a cabo esa venganza y por ello trató de quitarle a su prometida.

—Y usted, al parecer, no le creyó.

—Desde luego no lo creí.

Joe se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Stella, es usted única.

—¿Por qué dice eso?

—Ha demostrado tener una gran fe en mí.

—Es cierto.

—¿Cree que la merezco?

Stella dejó correr unos segundos y después afirmó rotundamente con la cabeza.

—Estoy segura de que la merece, Joe.

—¿Y si Elmer tuviese razón?

—Pero no la tiene.

—Supóngalo.

Ella se puso muy seria.

—Sería una atrocidad por su parte haberme enamorado para utilizarme como instrumento contra Elmer. Pero usted no ha hecho

eso, ¿verdad que no?

—No, Stella.

—Caramba, me ha llegado a asustar.

Joe dio unos pasos por el patio alejándose de Stella y de pronto se volvió preguntando:

—¿Qué va a pasar ahora?

—Lo natural. Usted me pedirá que sea su mujer.

—Soy un don nadie.

—Es usted un ayudante de *marshall.*

—Puedo estar muerto mañana.

—No diga eso. No podría casarme con un cadáver. Le necesito vivo, Joe.

Joe rió de nuevo mientras se acercaba a la joven.

—¿Adopta todas sus decisiones tan rápidamente como ésta?

—Usted es el culpable… Me miró de una forma, me abrazó de una forma y me besó de una forma… Fue irresistible, señor Russell, se lo aseguro.

Joe dio un suspiro.

—No sabía que tuviese yo tanto impulso.

—Pues lo tiene, señor Russell, y ahora le voy a dar una orden.

—Diga.

—Béseme. Es lo que se acostumbra a hacer cuando un hombre y una mujer se prometen en matrimonio.

—Eh, ¿sabe que lo ha dicho usted todo?

—Béseme y no se entretenga en hablar.

Joe la rodeó por la cintura, le subió una mano por la espalda y la atrajo hacia sí.

Sus bocas se juntaron.

Cuando se separaron, ella abrió y cerró los ojos.

—¿No se lo dije? Qué impulso.

—Usted también lo tiene, Stella.

—¿Cree usted?

—Sí, tiene mucho impulso.

—Bueno, eso me halaga y demuestra que hemos nacido el uno para el otro.

Joe se frotó la nuca.

—Stella, quiero que se marche de Jackson City.

—¿Le he oído bien? ¿Quiere que me marche?

—Sí, pero no es por lo que usted piensa.

—¿No se va a casar conmigo?

—Me casaré con usted. En cuanto todo esto termine, iré a buscarla.

—No necesita buscarme porque estaré aquí.

—Ya le he dicho que usted se marchará al lugar de donde vino. A propósito, ¿de dónde vino?

—De Florissan.

—¿Dónde está eso?

—Al norte de Texas.

—¿Qué hacía allí?

—Mis padres tienen una granja.

—¿Cómo conoció a Elmer?

—Fue allí a vender unas reses.

—Entonces, va a volver con su familia.

—Oh, no.

—Tiene que hacerlo, Stella.

—Sería una cobardía por mi parte no estar al lado de usted cuando me necesita.

—No la necesito.

—¿Cómo se atreve a decir eso? Usted ya no puede vivir sin mí.

—Es que no se trata de vivir, sino de morir.

—No diga esa palabra tan fea.

—Stella, tenemos en la celda a Tommy, el negro fugitivo. Dicen que es un asesino y lo quieren a toda costa… Por añadidura, ha surgido ahora lo de Elmer. Él no se va a conformar con que usted haya decidido no casarse con él… Habrá jaleo y en grande. No quiero que usted se encuentre aquí cuando esta situación haga crisis.

—No soy una chiquilla.

—¿Cuántos años tiene?

—Eso no se pregunta, señor Russell. Pero se lo diré a usted, dados los sentimientos que nos unen. Acabo de cumplir los veintiún años… Soy mayor de edad, señor Russell. Exactamente desde hace un mes y tres días. Y por lo tanto, desde el punto de vista jurídico, soy consciente de mis derechos y mis deberes.

—Sabe mucho. Pero se va a Florissan.

Stella dio una patadita en el suelo.

—¡No!

—Tiene que obedecerme.

—Todavía no es mi marido. Estaré en el hotel, señor Russell, y le voy a pedir un favor.

—Dígame.

—Que me visite de vez en cuando.

—Me va a agregar otro problema, el de cuidarla.

—¿No le parece un problema maravilloso?

—Según se mire, pero sigue siendo un problema.

—Le espero a usted.

—Hasta luego, Stella.

—¿Me da usted el beso de despedida?

—Se lo daré, pero le voy a pedir un favor a usted, señorita Benson. Déjese ya de protocolos cuando se trate de besarnos.

—Fuera protocolo —dijo ella—. Estoy completamente de acuerdo con usted.

—¿Otra vez va a empezar? ¡Cierre la boca!

Dio un tirón de ella y la besó con más fuerza que antes.

Cuando Joe la soltó, ella dijo:

—Joe, tíreme al pozo más cercano si la próxima vez pierdo el tiempo con el protocolo.

Echó a correr y salió del patio.

Tras permanecer un rato pensativo, Joe regresó a la comisaría.

Murray lo miró con un solo ojo, porque cerró el otro.

—Joe, ¿qué pasó además de los besos?

—Eh, jefe, ¿nos estuvo espiando?

—No, maldita sea, pero teniendo en cuenta la figura que tiene ella y lo que eres tú, imagino que en el patio no estuviste quitándole una carbonilla del ojo.

—Me voy a casar con ella.

—¿Qué?

—Lo que oye, jefe.

El *marshall* pegó una palmada en la mesa y rió desaforadamente.

—¿Dónde está la gracia, jefe? —rezongó Joe.

—¿En qué va a estar? En que al fin te echaron el lazo.

—Y de qué forma, jefe… de qué forma.

CAPÍTULO XII

Stella estaba en su habitación cuando la puerta se abrió.

—No te he oído llamar, Elmer.

—No llamé.

—Pues deberías hacerlo cuando entras en el cuarto de una señorita.

—Entré en el cuarto de mi prometida.

—No, Elmer. Ya no lo soy.

Elmer miró a la mesita donde seguía estando el anillo.

—¿No te lo has puesto?

—Ahí está, donde tú lo dejaste. Fui a hablar con Joe Rusell.

—¿Y qué te dijo ese borracho?

—No estaba borracho.

—Lo estará.

Ella levantó la barbilla.

—Joe Russell se ha encontrado a sí mismo.

—Eres muy ingenua. Un hombre alcoholizado puede dejar la bebida durante algún tiempo, pero en seguida vuelve a las andadas. Y si no te fías de mis palabras, puedes preguntárselo a cualquier doctor.

—Cometes un error porque Joe no es un alcoholizado.

—Claro, él te habrá dicho que no beberá una gota de *whisky*.

—Te voy a decepcionar, Elmer. No hablamos una palabra acerca del alcohol.

—¿Y de qué hablasteis?

—De él y de mí.

Elmer sonrió.

—Conque hablasteis de vosotros mismos y, naturalmente, yo no formé parte de esa conversación.

—Sí, Elmer, también hablamos de ti.
—Cuánto me alegro.
—No debes alegrarte porque el señor Russell y yo llegamos a un acuerdo.
—¿Qué clase de acuerdo?
—Nos casaremos.
—Vivan los novios —dijo Elmer con muy poco entusiasmo.
—¿Eres un caballero, Elmer?
—Lo soy, cariño.
—Entonces, debes aceptar tu derrota.
—Oh, sí, claro, y para demostrarte que soy un caballero, debo hacerte un regalo de bodas.
—Te lo perdono.
—De ninguna forma. Además, el regalo ya está en marcha.
—¿En marcha? ¿Qué quieres decir?
—Que Joe «*Whisky*» está a punto de recibirlo.
—¿Qué cosa le mandaste, Elmer?
—Se admiten sugerencias.
—Si le mandaste una caja, apuesto a que dentro metiste una bomba.
—No, dulzura. No soy un terrorista.
—¿Qué fue entonces lo que le mandaste?
—Dos sepultureros.
—¡Pero si él no está muerto! Elmer, dime que no es verdad lo que estoy pensando.
—¿Y qué estás pensando?
—Que son dos asesinos lo que le mandaste.
—Premio a la niña bonita.
—¡Elmer, sal inmediatamente de aquí! ¡Vuelve con esos hombres! ¡Retírales el encargo!
Elmer se sentó en una silla y con una sonrisita dijo:
—Ya no puedo hacer nada.
—¡Si tú no puedes podré yo!
La joven echó a correr hacia la puerta pero Elmer pegó un gran salto y la interceptó el camino.
—Quieta, dulzura.
—Elmer, quítate de ahí.
—No me voy a apartar, amor.

—No soy tu amor.

—Lo eres porque yo te vi antes que Joe «*Whisky*».

—No te puedes convertir en un criminal.

—No soy un criminal.

—¡Esos dos hombres matarán a Joe y tú los has pagado!

—Joe «*Whisky*» es muy quisquilloso. Los dos sepultureros discutirán con él. Sacarán el revólver y… ¡a la fosa con Joe «*Whisky*»!

—¡No!

—Lo siento, cariño, pero así están las cosas.

—Yo las haré cambiar.

—No, dulzura, tú no.

Elmer soltó un aullido porque las uñas de Stella le habían rasgado la piel de la mejilla. Sin embargo, logró atrapar a Stella por la otra mano y le pegó un puñetazo en el mentón.

Stella perdió el conocimiento.

* * *

Joe salió de la comisaría.

No vio nada anormal en la calle.

Todo estaba tranquilo. Echó a andar hacia la herrería.

Terry estaba en camiseta, pegando martillazos a una herradura, y sudaba como un condenado.

—Hola, Terry.

—Tú eres el culpable, Joe.

—¿El culpable de qué?

—De que yo esté echando el hígado por la boca.

—¿No te sientes mejor?

—Claro que no me siento mejor. Estoy mucho peor.

—Se debe trabajar.

—Eso es para los tipos que quieren hacerse ricos. ¿Y sabes una cosa? Yo no me quiero hacer rico.

—Pero debes ganarte el sustento con tu propio esfuerzo. Todo hombre debe sentirse orgulloso de eso, de vivir de su trabajo y no a costa de los demás.

—Pareces un reverendo, Joe.

—Sólo te estoy dando buenos consejos.

—Enfermaré, Joe. Te digo que enfermaré. Y será de tanto

trabajar. Ya tengo agujetas en todo el cuerpo.

—¿Lo ves? Esta noche, cuando cojas la cama, dormirás de una sola sentada. Antes tenías que emborracharte para poder dormir.

—O sea que, para poder dormir, tengo que molerme trabajando. Tú dirás lo que quieras, Joe, pero prefiero la otra receta… ¿No tienes por ahí alguna botella?

—No, no tengo ninguna botella.

Dos hombres se acercaron.

Joe no los había visto nunca.

Eran tipos desaseados, cubiertos de polvo, barbudos, y tenían la pistolera baja.

—Éste es un pueblo de porquería, Sam —dijo uno.

—Sí, hemos tenido mala suerte en llegar a este basurero, Rock.

El llamado Sam miró a Joe.

—¿Es usted la autoridad de este estercolero?

—Sí, y para nosotros este pueblo es bastante bonito.

—No sabe lo que dice, autoridad. Aquí sólo debe haber chinches, cucarachas y ratas. Y también tienen un ayudante de *marshall* que es un borracho. Así tiene el completo.

—Yo soy el supuesto borracho.

—¿Usted? ¿Y cuánto bebió hoy?

—Todavía no lo probé.

Los dos individuos permanecieron unos segundos observando a Joe. Luego Sam sacó una botella de *whisky* de la silla.

—Aquí tiene, borracho.

—No, gracias.

—Ande, beba. Es gratuito.

—Le he dicho que no.

—Palabra que no se lo diremos a su jefe, borracho.

—Deje de llamarme borracho.

Rock se echó a reír.

—Sam, debes tratar mejor a un ayudante de *marshall*. No debes decirle borracho… Debes decirle piojoso.

Terry dio un respingo y habló rápidamente:

—Oiga, yo me apunto. Deme la botella.

—Estate quieto, Terry —le dijo Joe.

—Han dicho que es gratuito.

El barbudo Sam soltó un salivazo al polvo.

—¿Has oído, Rock? El ayudante del *marshall* no deja beber a los ciudadanos. ¿No te parece que eso es meterse en la vida de los demás?

—Sí, Sam. Este ayudante de *marshall*, además de ser un piojoso, es un fanfarrón… Se ha metido con el pobre viejo y le da órdenes porque no puede defenderse.

Terry parpadeó.

—Eh, Joe Russell es mi amigo.

—Usted cállese, abuelo. Nosotros somos sus amigos puesto que le estamos ofreciendo *whisky* pero él no se lo deja beber.

—Es que me sienta mal.

—Le dije que se callase, abuelo.

—Sí, Terry, cállate —dijo Joe.

Sam lo apuntó con el dedo.

—Y ahora le ordena al pobre viejo que se calle. Lo tiene atemorizado.

—Sí, Sam —asintió Rock—. Este ayudante de *marshall* debe tener aterrorizados a los viejos, a las mujeres y a los niños de este asqueroso pueblo.

—Lárguense —dijo Joe con voz seca.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió Sam.

—Que se larguen de este pueblo, puesto que no les gusta nada de él.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice una autoridad.

—Lo dice un borracho. Pero nosotros le vamos a curar la borrachera. ¿Verdad, Rock que se la vamos a curar?

—Seguro.

—Tenemos unas pastillas especiales para quitar la borrachera, ayudante. Con un par de píldoras hay bastante. Pero por tratarse de usted le vamos a recetar cuatro.

—No seas tan avaricioso, muchacho. Le vamos a recetar cinco.

—Que sean cinco.

Terry empezó a retroceder.

Joe había querido eludir en un principio aquel duelo. No se fiaba de su mano. Sin embargo, no tenía escapatoria. Aquella discusión acabaría a tiros.

Por eso había tratado de no encolerizarse. Eso lo había

conseguido porque notaba que el ritmo de su pulso era normal. Pero sabía que eso no bastaba. Su mano tenía que ser rápida, tan rápida como el viento. Aquellos dos hombres eran pistoleros profesionales y su mano, además de ser rápida, tenía que ser segura. Sacar y, en la siguiente fracción de segundo, apretar el gatillo.

Era la única probabilidad que tenía para seguir viviendo.

Los dos hombres estaban seguros de su superioridad y reían.

Y Sam aún conservaba la botella en la mano izquierda, como si aquel peso no fuese impedimento para él en el saque.

—¿Le damos ya las píldoras, Sam?

—Sí, Rock… ¡Ahora!

Los dos tiraron del revólver.

La mano de Joe voló a la funda.

Sacó y tiró.

En la puerta de la herrería se produjo una ristra de estampidos.

Terry pegó un aullido mientras se cubría las orejas con las manos. Pero no cerró los ojos. Los mantuvo bien abiertos. Y pudo ver cómo Sam y Rock se estremecían y eran arrojados hacia atrás.

Uno de ellos pegó un gran salto y cayó dentro de un barril de agua, que reventó.

El otro rodó por el polvo.

El silencio volvió a reinar en aquel lugar de Jackson City.

Joe seguía en pie, con el humeante revólver en la mano. Ésta le temblaba un poco pero había ocurrido después de disparar porque, cuando apretó el gatillo, estaba firme.

Un perro apareció por la esquina de la herrería y se puso a ladrar furiosamente.

El herrero salió de su negocio y, al ver los dos cuerpos que echaban sangre por muchos agujeros, soltó un gruñido.

La puerta de la comisaría se abrió dando paso al *marshall* que manejaba un rifle. Corrió hacia el lugar y al llegar junto a Joe dijo:

—Muchacho, creí que estarías muerto.

—Ellos murieron.

—Yo tenía razón. Has vuelto a ser el de antes.

—No, todavía no, *marshall*. Pero mi vida estaba en juego.

CAPÍTULO XIII

Elmer oyó los disparos y dijo:

—Te has quedado sin tu borracho, Stella.

La joven había recobrado el conocimiento.

—Eres un canalla, Elmer. Un asesino.

—Sólo soy un hombre que no consiente que le roben a su chica.

—¿Cómo puedes decir eso si tú le quitaste a la suya?

—Evelyn me eligió a mí.

—Yo le he elegido a él.

—De acuerdo, cariño. Vete a por su cadáver y entiérralo.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—Sólo me falta agregar algo, dulzura.

—¿Qué cosa?

—Que le mandaré una corona.

La puerta se abrió bruscamente y una voz dijo:

—Reserva la corona para ti.

Elmer se puso pálido al ver a Joe Russell.

Stella gritó:

—¡Estás vivo, Joe! ¡Elmer te mandó a los dos hombres!

—Saca el revólver, Elmer.

El interpelado sonrió mostrando las palmas de las manos vacías.

—No uso armas, Joe. Tú lo sabes.

—Qué lástima.

—Qué lástima para ti, Joe, porque ahora me habrías asesinado.

—No, Elmer, no habría sido un asesinato.

Elmer dio un suspiro.

—Bueno, creo que estoy aquí de sobra.

Joe se quitó el cinturón con el revólver y lo arrojó hacia la cama.

—No te vas a ir así, Elmer.
—¿Qué quieres decir?
—Que vas a pelear conmigo.
—Las peleas son cosas de granujas, de gentuza como tú.
—Y tú eres todo un señor.
—Soy el director de un banco, el dueño de un rancho.
—Un tipo importante.
—El más importante de Jackson City. El que nombra al *marshall* y, por lo tanto, el que indirectamente nombra también a sus ayudantes.
—Todavía no has dicho algo. Eres el tipo que, cuando quiere quitarse a alguien de en medio, echa mano de sus empleados. Tú les ordenas que peguen palizas o contratas a un par de fulanos para que manden al cementerio al que te molesta.
—Ya hemos hablado demasiado.
—Ya hablamos demasiado —dijo Joe y le soltó un puñetazo en la mandíbula.
Elmer voló por el aire y cayó en la cama.
Soltó un grito de rabia y movió la mano hacia el revólver que Joe había dejado allí.
Joe saltó.
Los dos cuerpos chocaron y rodaron desde la cama hasta el suelo.
Elmer había logrado sacar el revólver de la funda.
Joe lo levantó pegándole un tirón del cuello de la camisa y le conectó un puñetazo en la boca mandándolo contra la pared.
Elmer replicó con un zurdazo al estómago de Joe, pero éste lo encajó bien y puso en marcha otra vez sus dos puños.
Machacó la cara de Elmer procurando que no cayese y, por último le soltó un gancho demoledor.
Elmer voló otra vez y rodó hasta cerca de la puerta, donde quedó moviéndose débilmente.
Joe caminó hacia la víctima y se detuvo muy cerca.
—Elmer, debería matarte aunque no tengas un arma, pero no quiero que me enjuicien por asesino.
Elmer escupió un cuajo de sangre.
—Eres muy considerado.
—Esto acaba toda relación entre tú y yo. Deja a Stella en paz y

olvídate de mí también. Si no lo haces, te juro que la próxima vez te romperé el cuello.

Elmer se levantó tambaleándose. Tenía la cara convertida en un pingajo. Dirigió una mirada llena de odio a Stella y salió de la habitación.

Stella corrió al lado de Joe y se echó en sus brazos.

—Joe, tengo la solución.

—¿Cuál?

—Vámonos de aquí.

—No puedo marcharme ahora.

—¿Por Tommy?

—Sí, por Tommy. Está en nuestra celda.

—Pero el *marshall* y el otro ayudante pueden defenderlo.

—No, Stella. Es como si estuviese solo el *marshall* porque Drake no sirve para hacer frente a una situación como la que se presentará de un momento a otro, cuando llegue Kid Brenson.

—Tengo miedo.

—Tranquilízate.

—Aunque me lo repita a mí misma cien veces, seguiré teniendo miedo.

Joe la besó en la boca.

—¿Sigues con miedo? —preguntó cuando terminó.

—Ahora tengo más miedo que nunca. Sígueme besando, Joe, a ver si me lo quitas.

Joe unió sus labios a los de ella.

* * *

El *marshall* Murray estaba a solas, haciendo un solitario sobre la mesa.

Tommy estaba tendido en el camastro, aunque no podía dormir.

Llamaron a la puerta de la calle.

—Adelante —dijo Murray moviendo la mano hacia el revólver.

Entró un forastero de unos cuarenta años, alto, de cabello castaño, ojos verdes. Se cubría con un traje negro y portaba un «Colt 45» junto al muslo derecho. Esbozó una sonrisa y dijo:

—¿Hablo con el *marshall* Lou Murray?

—Sí, señor.

—Soy Kid Brenson de Eunice, Luisiana.

Tendió una mano de dedos largos, con uñas bien cuidadas, y el *marshall* la estrechó. Luego Brenson miró hacia la celda. Vio al fondo a Tommy. El negro también lo estaba mirando.

—Hola, Tommy.

El detenido no le contestó.

Brenson apartó la mirada de Tommy.

—Señor Murray, perdone a Tommy. Tenga en cuenta su condición, es un fugitivo. Es lógico que para usted se haya convertido en un vagabundo. ¿Puede decirme la multa que tengo que pagar?

—¿Por qué quiere pagar la multa?

—Para llevármelo.

—No puede llevárselo, señor Brenson.

A pesar de aquella respuesta, Brenson no perdió la sonrisa.

—*Marshall*, espero que no se extralimite en sus atribuciones.

—No me estoy extralimitando.

—Yo diría que sí. Soy el patrón de Tommy, y como tal, me hago responsable de sus actos. En Eunice, lo mismo que en todos los pueblos, se impone una multa a los vagabundos y se les deja en libertad cuando alguien prueba que el detenido está desempeñando por cuenta de otro. ¿Está usted conforme?

—Sí.

—Pues es lo que pasa aquí, *marshall*. Como ya le he dicho, soy el patrón de Tommy. Él es mi empleado y, automáticamente, con esa explicación, Tommy deja de ser un vagabundo para la ley.

—¿Sabe de leyes?

—Casi todo lo que hay que saber.

Joe Russell entró en aquel momento y dijo:

—Celebro que sepa de leyes.

Brenson miró al recién llegado.

—*Marshall*, ¿deja que sus subordinados escuchen detrás de la puerta?

Fue Joe el que contestó:

—Llegaba en este momento, señor Brenson, y no tuve más remedio que oírle.

—¿Cuál de sus dos ayudantes es, *marshall*?

—Joe Russell.

—¿No le llaman también Joe «*Whisky*»?

—Sí.

—Pues parece sereno.

Joe cerró la puerta y caminó hacia Brenson.

—No pruebo el *whisky* desde que el *marshall* me eligió como su ayudante.

—¿Fue usted quien ayudó a Tommy?

—Sí, fui yo.

—Se lo agradezco mucho, Joe.

—¿De veras?

—Claro. El pobre Tommy necesitaba que alguien le echase una mano. Siempre me he preocupado por mis empleados.

—Es una suerte que se preocupe por sus esclavos.

—Dije mis empleados, señor Russell.

—Tommy nos dijo otra cosa.

—Bueno, Tommy estaba muy excitado. Es natural que él emplease unas palabras que no son las adecuadas —dio un suspiro —. Bien, *marshall*, quiero que me entregue a Tommy. ¿Me dice ya la multa que tengo que pagar?

Joe le respondió:

—No tiene que pagar ninguna multa, señor Brenson.

—Su jefe y yo estábamos discutiendo eso. Ustedes no pueden detener a Tommy bajo otro cargo que el de vagabundear y eso se paga con una multa. ¿Cierto, señor Russell?

—Cierto.

—Entonces, terminemos cuanto antes.

—No puede llevarse a Tommy —repuso Joe.

—¿Por qué no? Ya hemos llegado a un acuerdo con respecto a lo que dice la ley.

—Usted olvida algo que también dice la ley.

—¿A qué se refiere, señor Russell?

—A la protección que se debe brindar a una persona que esté en peligro de muerte.

—No sé de qué me habla.

—Si nosotros le entregásemos a Tommy, él correría peligro de muerte con usted.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Tommy?

—Sí, señor Brenson. Usted lo acusa de haber dado muerte a su capataz.

—¿Yo? Qué tontería. *Marshall*, ¿le he planteado a usted esa cuestión?

—No me ha hablado de eso.

—¿Lo ha oído, señor Russell? No he hecho ninguna acusación formal de asesinato contra mi empleado. Así, pues, lo único que se discute es el cargo por el que Tommy está preso en Jackson City.

—Es usted muy hábil, señor Brenson —sonrió Joe.

—Gracias.

—Pero no le va a valer.

Ahora Brenson dejó de sonreír. Sus ojos se entornaron.

—*Marshall* —dijo con voz súbitamente ronca—, espero que usted no apoye a su ayudante.

—Sí, señor Brenson. Lo apoyo.

—No cometa ese error, *marshall.*

—Procuro no cometerlos.

—Entonces, déjeme que me lleve a Tommy.

—No, señor Brenson.

Brenson respiró profundamente.

—De acuerdo. Pondré las cartas boca arriba.

—Es lo mejor.

—Tommy asesinó a mi capataz Jess Mallon. Cometió su delito en Eunice, Luisiana, y debo llevarlo allí para que sea juzgado.

—Conocemos su juego desde el principio —repuso Joe—. Sus naipes estaban ya al descubierto. Y por eso no necesitó ponerlos boca arriba, señor Brenson. Sus hombres hablaron perfectamente claro con respecto a lo que ocurrió en Eunice.

Brenson pegó un puñetazo en la mesa.

—Entonces nunca debieron encerrar a Tommy.

—Según usted, debimos entregarle a sus hombres.

—Sí, señor Russell. Y si no lo hicieron antes, lo deben de hacer ahora.

—Tommy continuará donde está.

—¿Se va a oponer a la acción de la justicia?

—Dígame, señor Brenson, ¿es usted *sheriff* o *marshall* de Eunice?

—No.

—¿Algún ayudante de cualquiera de ellos?

—No.

—¿Juez?

—No.

—¿Trae consigo alguna orden judicial contra Tommy?

—No.

—Entonces, usted no se llevará a nuestro detenido.

Brenson apretó los maxilares.

—Señor Russell, en mi plantación, yo soy el *sheriff*, el *marshall* y el juez.

—Y también imagino que el jurado.

—Sí, señor Russell. Le aceptaré que soy también el jurado.

—Es dueño de las vidas de sus semejantes.

—Puede tomarlo así.

—Y por lo tanto, si es dueño de vidas, las personas que dependen de usted son esclavos y no empleados.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Ya lo debería usted saber, señor Brenson. La esclavitud fue abolida.

—Y yo la acepté y por eso liberté a mis esclavos.

—Sólo lo hizo ficticiamente, como está demostrado. Si alguno de sus esclavos se le escapa, usted le persigue hasta el fin del mundo para darle su merecido. Tiene que hacer eso para que los demás esclavos no emprendan también la huida. Tiene que dar un buen escarmiento al que intenta librarse de sus cadenas.

—Están a mi servicio, señor Russell. Yo les alimento y les visto.

—Es probablemente lo único que sacan de usted. Un poco de comida y harapos.

—¡No voy a seguir hablando con usted!

—Porque no le conviene oír la verdad.

Brenson se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir volvió la cabeza.

—Estaré en el Saloon Delancy, *marshall*. Espero que cambie de opinión. Si es así, lléveme a Tommy.

Luego salió pegando un enérgico portazo.

El *marshall* se pasó una mano por la cara.

—Ya está el lío armado, Joe.

—Se armó hace mucho tiempo.

Tommy se puso en pie y se acercó a la reja.

—*Marshall*, abra la celda.

—¿Para qué, Tommy?

—Lléveme con el señor Brenson.

Joe le gritó:

—¡Vuelve al camastro, Tommy!

El negro volvió la cabeza.

—Aprecio mucho lo que ustedes han hecho por mí. Pero no puedo consentir que expongan sus vidas por defenderme.

—Te vas a callar, Tommy.

—No conseguirán nada. Los matarán a ustedes y Brenson me tendrá de todas formas.

—No, Tommy, no pasará eso. Te lo aseguro.

—Usted, ha sido demasiado bueno conmigo, Joe. No se arriesgue más. Vi llegar a esa chica y también la oí hablar con usted. Creo que esa joven lo quiere. Si ahora se olvida de mí, puede casarse con ella.

—Te dije que cerrases el pico.

—Serán felices… Tendrán hijos… Usted no puede renunciar a todo eso por defender a un negro.

—¡Maldita sea, Tommy! ¡Deja ya de decir tonterías! El *marshall* y yo no consentiremos que ese tipejo nos imponga su cochina voluntad. ¿Lo oyes? ¡No lo vamos a consentir! Pelearemos contra él y contra quien sea. Tú eres algo más que un fugitivo. Tú representas a todos los que son perseguidos, a todos los débiles, y, como hay un cielo, ese tipo poderoso no se saldrá con la suya.

CAPÍTULO XIV

Kid Brenson estaba sentado ante la mesa del Saloon Delancy, en compañía de sus dos empleados, Robert Hilman y Harry Burke.

—Les daremos una lección —dijo Brenson—. ¿A cuántos hombres tienes, Hilman?

—Contraté a cuatro.

—¿Buenos?

—De lo mejor.

—¿Dónde están?

—Les dije que esperasen en las afueras. Bastará con que Harry vaya a por ellos y estarán aquí antes de media hora.

Un hombre se acercó a la mesa.

—Soy Elmer Sutton, señor Brenson.

El banquero y propietario del rancho «La Espuela de Plata» tenía la cara estropeada, aunque la hinchazón le había bajado mucho. Llevaba un esparadrapo en la ceja derecha y otro en la comisura de la boca.

—¿Qué quiere, señor Sutton?

—Hablar de negocios. Pero me gustaría hacerlo a solas.

—Hilman, acompaña a Burke a por esos hombres.

Los dos empleados de Brenson se marcharon. Entonces Elmer se sentó frente a Brenson.

—¿Qué le pasó, señor Sutton?

—Tuve una pelea con Joe «*Whisky*».

—Ya veo que él ganó.

—No hablemos de eso.

—¿Y de qué quiere que hablemos?

—Señor Brenson, usted vino aquí para recuperar al negro que se le escapó.

—Está bien informado.

—Y por lo que veo, fue a la comisaría y no consiguió nada.

—Así es.

—Y pretende ajustarle las cuentas al *marshall* o a cualquier otra persona que lo apoye.

—Hasta ahora no dijo nada original, señor Sutton.

—Yo puedo facilitarles la entrega de Tommy.

—¿Usted…? —Brenson sonrió—. Ya entiendo. Piensa que el *marshall* le obedecerá porque es usted un ciudadano importante en Jackson City.

—Soy el dueño del banco local y también propietario del mejor rancho de la comarca.

—Siento contradecirle, señor Sutton. Aunque sea todo eso, me temo que el *marshall* no obedecerá su orden de que entregue a Tommy.

—No voy a darle tal orden.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿quiere aclararme de una vez sus intenciones, señor Sutton?

—Le dije que yo puedo conseguir que Tommy vuelva a sus manos.

—¿Cómo?

—Por medio de un intercambio. Verá, señor Brenson. Joe «*Whisky*» se ha enamorado de una mujer. La joven se llama Stella Benson y está alojada en el hotel Harris, habitación 18…

Brenson convirtió sus ojos en grietas fosforescentes.

—Es usted muy persuasivo, señor Sutton.

—Hago lo que puedo.

—Ahora comprendo su pelea con Joe «*Whisky*». Fue esa joven lo que se jugaron a puñetazos.

—No soy un peleón, señor Brenson.

—Y tampoco sabe manejar el revólver.

—Cierto, señor Brenson.

—Pero usted quiere vengarse.

—No hablemos de eso, señor Brenson. Digamos solamente que nuestros intereses son comunes.

—Sí, creo que tiene razón.

—¿Me permite que lo invite a un *whisky*, señor Brenson?

—Se lo acepto.

Los dos hombres se miraron sonrientes.

* * *

Stella estaba mirando por la ventana de la habitación, hacia la calle, con la esperanza de ver a Joe Russell.

Le haría una señal para que subiese.

Joe le había dicho que cerrase con llave y que no abriese a nadie, salvo a él.

Llamaron a la puerta. El corazón le dio un vuelco pensando que fuera Joe.

Sin embargo, al llegar a la puerta, se detuvo recordando las instrucciones de Joe.

—¿Quién es?

—Abra, señorita Benson —oyó una voz desconocida—. Joe Russell ha sido herido.

La joven no se detuvo un segundo más en hacer nuevas comprobaciones. Dio vuelta a la llave.

Dos hombres entraron en la habitación.

—¿Dónde está Joe? ¿Qué le pasó?

—Nada, no le pasó nada, señorita Benson.

—¿Cómo? ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Robert Hilman, y éste es Harry Burke.

—¿Y qué es lo que quieren?

—A usted, preciosa.

Stella, al darse cuenta de que había caído en una trampa, dio media vuelta y echó a correr para salir de la habitación, pero se detuvo al encontrar a un hombre en el corredor, el cual la cogió por la cintura.

—¿A dónde va, señorita?

—Esos hombres… Me engañaron… Entraron en mi habitación a la fuerza.

—Eso no se hace, muchachos. Discúlpelos, señorita. No tienen modales. Pero yo soy un caballero. Conmigo estará segura.

—¿Quién es usted? Tampoco lo conozco.

—Me presentaré. Soy Kid Brenson.

Stella sintió que la sangre se le helaba en las venas. Sabía quién era Kid Brenson, el hombre que estaba persiguiendo a Tommy.

—Perdone, señor Brenson, pero necesito tomar el aire. Pero no

se preocupe, en seguida vuelvo.

Ella trató de soltarse, pero Kid se lo impidió.

—No, cariño, usted no va a ir a ninguna parte.

—¿Qué pretende de mí, señor Brenson?

—Es la mar de simple. La voy a utilizar como moneda.

—¿Como moneda…? ¿Qué quiere decir?

—Ya lo sabrá, dulzura. Ya lo sabrá.

* * *

Joe sacaba el revólver y lo devolvía a la funda. Cada vez lo hacía con más rapidez.

—Estupendo, Joe —dijo el *marshall.*

—Demonios —exclamó Drake—, yo diría que ya ha recuperado la velocidad de hace dos años.

En aquel momento entró Robert Hilman en la oficina.

Joe sacó y apuntó a Hilman.

El rubio empleado de Brenson dijo:

—Cuidado, Joe, no dispare. Podría perder mucho.

—Yo creo que no perdería nada.

—Se quedaría viudo antes de una hora.

Joe frunció el ceño.

—No soy casado, Hilman.

—No, no lo es, pero ha pensado casarse.

—Eso no es cuenta suya.

—Puede que se equivoque.

Joe sintió que el corazón le latía con más fuerza.

—Hilman, se está ganando un arreglo de nariz y se lo voy a hacer yo con el revólver.

—No trate de tocarme, Joe, o ella lo pagaría.

Joe cerró los ojos y los volvió a abrir. Su presentimiento era cierto.

—¿Qué le han hecho a Stella?

—Nada.

—Lo voy a degollar, Hilman… Lo voy a degollar como a un cerdo. Y va a ser ahora mismo, porque le meteré una bala en la yugular.

Hilman se estremeció, porque el miedo se apoderó de él.

—Tranquilícese, Joe. Le repito que a Stella no le ha pasado nada

y usted no la recuperaría matándome.

El *marshall* intervino.

—Déjalo, hablar, Joe.

Russell contuvo sus deseos de arrojarse sobre Hilman y machacarle el cráneo.

—¿Dónde está Stella?

—En la habitación del hotel.

—¿Quién hay con ella?

—Mi jefe, Harry Burke y cuatro hombres de revólver. De modo que abandone la idea de sacarla de allí.

—Siga hablando, Hilman.

—Usted ya se puede imaginar a lo que vengo. Devolveremos a Stella Benson si ustedes entregan a Tommy.

—¡Canalla…! ¡Gentuza!

Joe le tiró el puño izquierdo a la cara.

Hilman se derrumbó al recibir el puñetazo en un pómulo.

Luego Joe sacó el revólver y arqueó el dedo en el gatillo.

Murray saltó sobre su ayudante.

—¡No dispares, Joe!

Joe estaba tan lleno de ira que podría haber hecho fuego sobre Hilman.

Éste se levantó echando sangre por la comisura de la boca. Sus ojos miraron con rabia a Joe.

—¿Es ése todo su amor por Stella?

—¡Cállate, perro!

—Tiene que decidirse en media hora. ¿Lo oye, Joe «*Whisky*»…? Tiene treinta minutos para decidirse. La vida de Stella Benson por Tommy. Si está de acuerdo, saldrá con Tommy y se dirigirá al *saloon*. Allí lo estaremos esperando para hacer el cambio. Y no piense jugar sucio, porque estaremos preparados. Usted se quedará con su mujercita y nosotros, una vez que tengamos a Tommy, nos largaremos de Jackson City.

Puso la mano en el tirador y agregó:

—No juegue a ser el héroe, porque se queda sin mujercita.

CAPÍTULO XV

Cuando la puerta se hubo cerrado tras de Hilman, Joe hizo un gesto para ir tras de él, pero el *marshall* se lo impidió.

—Cálmate, Joe.

Cuando el *marshall* consideró que ya se había tranquilizado un poco, lo dejó libre.

Entonces Joe devolvió el revólver a la funda y se puso a pasear de un lado a otro de la oficina.

—*Marshall* —dijo Tommy desde la celda.

—¿Qué quieres, Tommy?

—Ahora tiene que abrirme. No pierda más el tiempo. El *marshall* miró a Joe, el cual se había detenido, pero el joven no le dijo nada. Entonces se dirigió hacia la pared y cogió el llavero. Abrió la celda y Tommy salió yendo al lado de Joe.

Le puso una mano en el hombro.

—Estoy listo.

—Te matarán, Tommy.

—Pero no puedo consentir que alguien muera por mí.

—Te haré una pregunta, Tommy. Y esta vez quiero que contestes la verdad y nada más que la verdad. ¿Mataste tú al capataz?

—No, no lo maté.

—¿Quién lo pudo matar, entonces?

—Estuve pensando en eso mientras estaba en la celda. Desde que escapé han sido los únicos momentos en que he tenido descanso.

—¿Lograste sacar algo en claro?

—Me va por la cabeza una idea.

—¿Qué es?

—Suposiciones nada más.

—¿Qué suposiciones?

—El capataz Jess Mallon veía con frecuencia a la esposa de Kid Brenson.

—¿Qué quieres decir con eso? Es natural que la viese si estaban los dos en la plantación.

—Los vi un par de veces juntos, cuando el señor Brenson no estaba.

—¿Y qué?

—No sé. Era como si se viesen a escondidas. Una vez yo estaba trabajando a la orilla del río y los descubrí a lo lejos. Estaban demasiado juntos.

—¿Quieres decir que se besaban?

—No, pero él la tenía cogida por los brazos.

—¿Y qué hacían?

—Hablaban y reían.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—¿No oíste hablar a algún compañero acerca de eso?

—No, señor.

—Es una lástima.

—Lo siento, pero es lo único que puedo decir.

Murray carraspeó.

—Hemos hecho por ti todo lo que hemos podido, Tommy.

—Sí, jefe, lo sé. Y les estoy muy agradecido.

—No lo he dicho para que lo agradezcas. Maldita sea, sólo pretendo justificarme a mí mismo. Esa chica no tiene la culpa de lo que pasó en Eunice.

—No se canse, *marshall*. Está completamente justificado. Además, aquí me ocurrió algo importante. Ahora sé que hay hombres que no me consideran como a un animal… Sí, *marshall*, eso es algo muy importante. ¿Vamos, Joe?

Joe sacó el revólver y se cercioró de que el cilindro estaba lleno de plomo.

El *marshall* fue a su lado.

—Joe, te cubriré.

—No haga ninguna diablura, Murray.

—Tendré cuidado.

—¿Dónde estará?

—Justo donde deba estar.

—No se arriesgue mucho.

—Eso resulta divertido viniendo de tu parte. Te temblaba la mano y te arriesgaste contra todos.

—Tuve suerte.

—Espero que no nos falte en esta ocasión.

Drake preguntó:

—¿Qué hago yo, *marshall*?

—Tú te quedas.

Tommy volvió la cabeza.

—Los recordaré a todos ustedes, *marshall*.

—Nosotros también a ti, muchacho.

—Buena suerte, señor Murray.

—Buena suerte para todos —dijo el *marshall*.

Primero salió Joe y luego lo hizo Tommy.

—Espera, muchacho —dijo Joe en el porche.

Russell observó la acera de tablones que debían recorrer hasta llegar al *saloon* Delancy. En aquel trozo de camino no había nadie.

Pero su mirada abarcó más, las aceras de enfrente, las esquinas. Podían disparar contra él desde cualquier parte, matarlo y arrebatarle a Tommy.

Pero no vio a nadie sospechoso. Quizá Brenson quería jugar limpio porque a él no le importaba Stella.

—Andando —dijo tras su examen.

Se pusieron en marcha.

—No tan deprisa, Tommy.

Los pasos eran lentos, seguros. Cruzaron una bocacalle y Joe examinó el callejón. No, nada de qué alarmarse.

Así llegaron ante las puertas del *saloon* Delancy. Hilman estaba en la otra parte, como a unos dos metros de la entrada, pero Joe pudo ver bien su rostro y parte del pecho, por encima de las hojas de vaivén. Hilman le sonrió.

—Bienvenido, señor Russell.

Joe hizo una señal a Tommy para que se quedara junto a la pared.

—Supongo que no viene solo, señor Russell.

—No, traigo a Tommy.

—¿Dónde está?

—Aquí, junto a mí.

—Quiero verlo.

Joe hizo una señal a Tommy para que se dejase ver, pero en seguida lo empujó apartándolo de la puerta.

—¿Ya lo vio, Hilman?

—Sí.

—¿Dónde está Stella?

—Aquí.

—Quiero verla también.

—La oirá y tendrá que conformarse.

Hilman miró hacia la izquierda y entonces Joe oyó la voz de Stella.

—Joe, estoy con el señor Brenson.

—¿Te hicieron daño?

—No.

—Hilman —dijo Joe—, entraré con Tommy. No traten de usar las armas.

—Nadie ha pensado en usar las armas.

Joe miró a los ojos del negro.

—Tommy, ha llegado la hora.

—No se preocupe. Estoy preparado desde hace rato.

Joe empujó las hojas de vaivén y primero pasó él y luego Tommy.

Hilman se retiró unos pasos.

Una vez en el interior, Joe miró hacia el lugar de donde le había llegado la voz de Stella.

Allí estaba, sentada en una mesa. Brenson y Burke estaban de pie.

Pero en el mostrador había otras personas. Cuatro hombres con trazas de pistolero, aunque tenían el arma en la funda.

Brenson esbozó una sonrisa de triunfo.

—Joe, debió pensar que yo me llevaría a Tommy.

—Sí, confieso que debí pensarlo.

—No comprendo por qué se han jugado la piel por un vulgar negro.

—No voy a perder el tiempo en hacerle comprender que también un negro tiene sus derechos y que deben ser respetados. Sólo vine aquí a cambiar un prisionero por otro.

—Oh, sí, desde luego. Es bonita su chica.

—Gracias.

—Pero se la robó a Elmer Sutton. ¿Se da cuenta, Joe? Usted es un ladrón. Intenta dar lecciones de moral y usted robó lo que un hombre puede estimar más, su compañera.

—Le acepto la crítica, Brenson.

—Usted acepta muchas cosas ahora. Quiso defender a Tommy, pero ahora ya no intenta conservarlo.

—La situación varió a favor de usted, Brenson.

—Eso creo yo.

—¿Cambiamos ya los prisioneros?

—Sí, hagamos el cambio.

Tommy tendió la mano a Joe. Éste se la estrechó.

No mediaron palabras entre ellos. Luego, Tommy echó a andar hacia la mesa.

—Stella, ven aquí —dijo Joe.

La joven se levantó y también se puso en marcha. Los rehenes se cruzaron a mitad de camino. Tommy miró a Stella y ella a Tommy.

—Lo siento, Tommy —dijo Stella.

—Descuide, está ocurriendo lo que tenía que ocurrir.

Siguieron su camino cada uno de ellos.

Tommy llegó al lado de la mesa y se detuvo.

Stella ya estaba junto a Joe.

—Sal a la calle, Stella —dijo Russell.

—Ven conmigo.

—Sólo estaré aquí unos instantes.

—Entonces también me quedo yo.

—He dicho que salgas.

Los ojos de Stella le dirigieron una mirada suplicante, pero él no se inmutó, y entonces la joven prosiguió su marcha y salió a la calle.

Los cuatro pistoleros que había en el mostrador se estiraron.

No había ningún otro cliente en el local ni tampoco *girls*. Ni siquiera estaba presente Ben Price, el mozo de la boca babeante que sufría de úlcera.

—¿Por qué se queda, Joe? —preguntó Kid.

—Por usted, Brenson.

—Le voy a dar un minuto para que se marche. Sólo un minuto,

Joe. Aprovéchelo, porque ya empezó a correr.

Capítulo XVI

Joe oyó la amenaza y dejó colgar los brazos con aire de cansancio.

—Brenson —habló Joe—, usted dijo algo antes con respecto a que yo robé a un hombre lo que él más estima, su compañera.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Le pasó a usted eso?

—¿Cómo?

—¿Le robaron a usted a su mujer alguna vez?

Los ojos de Brenson chispearon.

—¡No meta a mi mujer en esto!

—Por lo que veo, pasó por esa prueba.

—¡No…! ¡Maldita sea!

—Y debió ocurrir no hace mucho tiempo.

Brenson ahora no dijo nada, pero apretó los dientes y los músculos de su rostro se atirantaron.

Joe prosiguió, porque era el único camino que tenía para hacer algo por Tommy.

—¿Cómo se llama su mujer, Brenson?

—Jeanne.

—¿Qué edad tiene?

—Veinticuatro años.

—Usted debe de tener más de cuarenta.

—Cuarenta y dos.

—Existe una gran diferencia de edad entre usted y su mujer.

—¿Y qué señor Russell?

—Dígame ahora, ¿cuántos años tenía su capataz Jess Mallon?

—Joe, está desaprovechando su minuto. Está a punto de concluir.

—¿Por qué no me dice la edad de su capataz? ¿A qué le tiene

miedo?

—No le tengo miedo a nada. Jess Mallon tenía treinta años.

—Y él enamoró a su mujer.

—¿Qué dice?

—Digo que Jess Mallon enamoró a su mujer.

—¡Maldito sea!

—Ellos se veían cuando se les presentaba la ocasión… Eso les resultaba difícil estando usted allí, pero cuando usted se marchaba…

—¡Cállese!

—Y el día que usted lo supo, decidió que Jess Mallon se las pagaría. Usted no podía consentir que su capataz le robase a la mujer que usted quería.

—¡Era un cerdo…! ¡Era un canalla…! ¡Era un…!

Brenson se interrumpió.

—Ande, continúe, Brenson… Ya ha empezado. ¿Qué más era Jess Mallon, el hombre que a espaldas suyas había logrado el amor de su mujer?

Empleaba las palabras justas para excitarlo. Y tuvo éxito.

Brenson, jadeante, gritó:

—¡Ese miserable me pagó con la traición! Es así como me agradeció que lo sacase de la nada. Que lo convirtiese en el capataz de mi plantación. Y cuando me enteré de todo, juré que me las pagaría. Ese gusano iba a saber quién era yo.

—Y lo mató.

—¿Eh?

—Lo mató. Pero el crimen habría sido demasiado claro para su mujer… No, usted no quería que ella supiese que había asesinado a Jess Mallon. Y por eso se le ocurrió la brillante idea de que Tommy cargase con el asesinato. Circunstancialmente, Tommy había sido castigado por una razón que le venía a usted muy bien. Tommy había intentado matar a Jess Mallon y por eso había sido metido en una jaula. Si usted abría la jaula por la noche, Tommy escaparía. Para entonces ya tenía que haber matado al capataz. Y una vez se supiese que Tommy había huido, todo se reduciría a perseguirlo. Y en cuanto lo tuviese a su alcance, le daría muerte y todo quedaría perfecto para usted. Habría eliminado a su rival, a Jess Mallon, y habría hecho justicia matando a su supuesto asesino, a Tommy.

Hubo un silencio.

Brenson continuaba respirando entrecortadamente. Sus ojos estaban desorbitados. De pronto lanzó una carcajada.

—Sí, Joe, así pasó todo.

—Tommy se queda.

—Sí, se va a quedar. Pero será muerto, como usted.

Fue la señal para que Brenson y sus hombres tirasen del revólver.

Joe también sacó.

El *marshall* apareció en la puerta que estaba al lado del mostrador y que comunicaba con la parte trasera del *saloon*. Ya tenía el revólver en la mano.

Las armas atronaron y las balas silbaron y mordieron carne.

Unos segundos después, en el *saloon* había cinco muertos. Brenson, Hilman, Burke y dos pistoleros.

Los otros dos hombres que estaban en el mostrador arrojaron el revólver al suelo y levantaron las manos, entregándose.

Joe miró la mano con la que empuñaba el revólver. No le temblaba lo más mínimo.

Stella entró corriendo en el local y, al ver a Joe de pie, se echó en sus brazos y apoyó su cara sobre el pecho varonil.

* * *

Al día siguiente, Joe recibió la visita de Elmer en la comisaría. El banquero estaba arrepentido de lo que había hecho. El primer impulso de Joe fue romperle otra vez la cara, pero comprendió en seguida que Elmer hablaba con sinceridad cuando le oyó decir que estaba dispuesto a marcharse al Este. Le propuso a Joe que le comprase su rancho, para lo cual el mismo Elmer estaba dispuesto a ofrecerle un préstamo, utilizando los servicios de su propio banco. Joe aceptó aquella oferta y así se convirtió en el dueño del rancho «La Espuela de Plata», el mismo día en que se casó con Stella Benson.

Tommy se quedó con ellos, empleado en el rancho.

Bill Sunday y aquellos cuatro *cowboys* tampoco se marcharon y fueron los más amigos de su patrón.

El *marshall* Lou Murray perdió a su ayudante Joe Russell pero, a pesar de ello, denunció a las autoridades federales la situación en

que se hallaba la plantación de Eunice que había pertenecido a Kid Brenson. Inspectores del Gobierno acabaron con la esclavitud en aquella plantación. La viuda de Brenson vendió sus tierras y más tarde se volvió a casar en San Francisco de California.

El viejo Terry fue contratado por Joe haciéndole prometer antes que abandonaría el *whisky*, pero eso nunca llegó a ocurrir Joe se mostró benévolo con Terry ya que no podía por menos de recordar que él, siendo Joe «*Whisky*», había conocido a la mujer que ahora amaba.

FIN